

LA CARTERA

CUBANA.

ABRIL.-1839.

SECCION PRIMERA. CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

MES DE FEBRER.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 70.	27 p. 60.	27 p. 61.	71 ° 50.	77 ° 50.	76 ° "	63. °	52 °	62. °
2	" 59	" 58	" 53	72 75	78 50	76 50	66 "	59 "	64 "
3	" 80	" 75	" 80	71 50	75 50	75 "	67 "	59 "	63 "
4	" 85	" 80	" 82	72 50	74 75	73 29	64 "	64 "	66 "
5	" 83	" 80	" 82	70 50	76 "	72 "	66 "	58 "	64 "
6	" 85	" 80	" 84	71 "	75 "	73 "	66 "	57 "	60 "
7	" 82	" 84	" 84	71 50	75 40	73 "	67 "	58 "	61 "
8	" 84	" 80	" 82	72 "	77 40	74 50	65 "	48 50	60 "
9	" 83	" 78	" 82	71 65	77 55	75 60	64 25	57 "	62 "
10	" 82	" 79	" 80	73 "	78 50	75 20	68 "	53 "	59 "
11	" 84	" 81	" 85	72 50	71 50	70 "	65 "	54 50	49 50
12	" 88	" 84	" 87	68 25	68 35	67 60	55 "	67 "	66 "
13	" 83	" 80	" 81	68 60	68 20	68 10	66 "	61 "	65 "
14	" 81	" 78	" 80	67 60	68 25	68 50	66 "	64 "	61 "
15	" 80	" 76	" 77	67 75	68 75	67 "	67 "	46 "	58 "
16	" 83	" 80	" 83	65 "	69 20	67 "	50 "	55 "	61 "
17	" 89	" 83	" 86	62 75	68 75	65 25	58 "	50 "	57 "
18	" 88	" 80	" 85	65 50	68 75	66 20	60 "	60 "	58 "
19	" 89	" 82	" 89	64 50	67 75	67 "	60 "	53 "	57 80
20	" 90	" 80	" 84	64 50	70 "	67 "	60 "	60 "	58 50
21	" 87	" 73	" 81	64 75	71 15	67 50	60 "	60 "	58 "
22	" 84	" 78	" 77	68 "	72 50	69 50	67 "	58 "	69 "
23	" 79	" 75	" 75	67 "	72 50	70 10	71 "	62 "	71 "
24	" 73	" 67	" 70	69 "	75 "	73 "	70 "	61 "	71 "
25	" 67	" 58	" 65	70 "	76 50	74 "	71 "	65 "	72 "
26	" 65	" 63	" 66	71 50	75 "	73 "	72 "	66 "	68 "
27	" 65	" 63	" 66	71 "	71 "	70 "	73 "	66 "	68 "
28	" 78	" 77	" 82	69 40	72 35	72 50	58 "	52 "	60 "

NUBARRONES.—El 16 casi todo el día.—LLOVIZNAS.—El 3 á medio día; el 4 á 9 de la mañana y medio día; el 5 insignificantes á 8 de la noche; el 6 por la mañana de 7 á 9; el 8, á 3 de la tarde; el 10 á 10 de la noche; el 11 á 8 de la mañana y á prima noche; el 19 á 11 de la mañana y 2 de la tarde.—CHUBASCOS.—El 26 á 1 y media de la tarde; el 27 de cuando en cuando.—AGUACEROS.—El 3 antes de la madrugada; el 7 ídem; casi todo el 13 desde las 8 de la mañana, su noche, y el 14 de cuando en cuando hasta la 1 del día y otro de 9 á 11 de la noche; el 26 á 8 de ídem.

ESTADO

DE

HOSPITALES.

MES DE FEBRERO DE 1839.				
ENFERMEDADES.	S. AMBROSIO.	S. JUAN DE DIOS.		S. FRANCISCO DE PAULA.
		Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Apoplegia - - - - -	"	2	3
	Encefalitis aguda - - - - -	"	1	1
	Mania - - - - -	"	1	1
	Epilepsia - - - - -	"	"	"
	Tétanos - - - - -	"	"	"
	Gastritis agudas con fiebre - - - - -	"	10	10
	Idem crónicas - - - - -	"	2	18
	Fiebres intermitentes - - - - -	"	23	5
	Idem catarrales - - - - -	"	40	3
	Bronquitis - - - - -	"	9	3
	Reumatismos - - - - -	"	7	4
	Pleuritis - - - - -	"	"	2
	Pneumonitis agudas - - - - -	"	2	3
	Idem crónicas - - - - -	"	3	2
	Hemoptisis - - - - -	"	2	"
	Asma - - - - -	"	7	1
	Afectos del corazón - - - - -	"	"	"
	Colitis nerviosa - - - - -	"	1	1
	Idem diarreica - - - - -	"	2	3
	Idem disenterica - - - - -	"	"	19
	Hepatitis agudas - - - - -	"	2	1
	Esplenitis idem - - - - -	"	1	2
	Obstrucciones - - - - -	"	6	"
	Nefritis simples - - - - -	"	5	"
	Cistitis aguda - - - - -	"	1	"
	Viruelas - - - - -	"	"	1
	Varicelas - - - - -	"	1	4
	Dolores osteocopos - - - - -	"	45	2
	Hidropesia - - - - -	"	2	"
Suma - - - - -		172	44	107
CIRUGIA.	Contusiones - - - - -	"	2	"
	Dislocaciones - - - - -	"	"	"
	Fracturas - - - - -	"	2	"
	Heridas de armas blancas - - - - -	"	3	"
	Tumores simples - - - - -	"	10	"
	Lamparones - - - - -	"	10	"
	Bubones - - - - -	"	2	"
	Fimosis y para fimosis - - - - -	"	5	"
	Uretritis - - - - -	"	1	"
	Orquitis - - - - -	"	30	"
	Úlceras y pústulas venéreas - - - - -	"	4	"
	Idem carcinomatosas - - - - -	"	57	"
	Idem subinflamatorias - - - - -	"	"	"
	Oftalmias agudas - - - - -	"	5	"
	Idem crónicas - - - - -	"	10	"
	Otitis - - - - -	"	11	"
	Herpes - - - - -	"	1	"
	Erupciones sarnosas - - - - -	"	1	"
	Erisipelas - - - - -	"	83	"
	Fistulas del ano - - - - -	"	2	"
	Hemorroides - - - - -	"	2	"
	Pólipos - - - - -	"	1	"
	Hernias - - - - -	"	2	"
	Hidroceles - - - - -	"	5	"
Suma - - - - -		177	51	33
				9

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.º de febrero de 1839	334	}	683
Entraron en dicho mes	349		
Se curaron	305	}	371
Fallecieron	16		

Quedaron para 1.º de marzo de 1839 312

La mortandad estuvo á razon de 2,39 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.º de febrero de 1839	243	}	478
Entraron en dicho mes	235		
Se curaron	170	}	201
Fallecieron	31		

Quedaron para 1.º de marzo de 1839 277

La mortandad estuvo á razon de 6,52 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de febrero de 1839	129	}	161
Entraron en dicho mes	32		
Se curaron	12	}	27
Fallecieron	15		

Quedaron para 1.º de marzo de 1839 134

La mortandad estuvo á razon de 9,54 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en febrero reinaron las enfermedades siguientes: el orden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Febrero.

Fiebres catarrales.—Idem intermitentes.—Reumatismos.—Dolores osteocopos.—Anginas.—Varicelas.—Males venéreos.—Flegmasías esternas.

Observaciones prácticas.

Las alternativas del calor y del frío han ocasionado no solo los males propios de la estación, como los afectos catarrales, fiebres intermitentes &c., sino también las flegmasías esternas que según el estado anterior aparecieron en los hospitales y hemos visto en nuestra práctica particular.

Se dice que en Europa los males venéreos se desarrollan con fuerza en tiempo de frío, siendo muy favorable para su curación los climas intertropicales. Pero no por esto dejan de aparecer en ellos, y también aquí hemos observado que ya sea efecto del frío, ya de las viscosidades, aquellos padecimientos llaman la atención por su frecuencia.

Pero ni en estos males ni en los anteriores se ha advertido ningún fenómeno notable. Ceden muy bien á un sistema arreglado de curación, y la mortandad no ha sido mucho mayor que la de otros años.

Fuera de las afecciones arriba indicadas, hemos advertido en las salas de los hospitales algunos casos de hidropesía, tanto en los entrados, como en los que estaban afligidos de otros padecimientos, como gastro-duodenitis crónicas, obstrucciones del bazo y del hígado; lo que sin duda dependerá de la poca acción de la piel y de las perfrigeraciones.

A la misma causa debemos atribuir los casos de apoplejía y los golpes de sangre que comienzan á presentarse, y que son mas comunes en el invierno y en las personas de edad, que en la primavera y la juventud.

La varicela y el sarampion suelen manifestarse también, aunque sin fenómenos maliciosos.

Se han enterrado en todo el mes de febrero en el cementerio general:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	117	64
De color	117	59
Sumas parciales . .	234	123
Total general. .	357	

FISIOLOGIA.

DE LA CIRCULACION.

Todas las partes del cuerpo están sometidas á un movimiento interior que depende de la accion de una fuerza física. Y como ningun órgano, sea cual fuere su importancia ó el lugar que ocupe en la economía, está libre de este movimiento producido por la circulacion; debemos confesar que esta funcion se ejecuta en todos los puntos del cuerpo.

Se puede demostrar fácilmente que hay líquidos en toda la economía, animados de un movimiento continuo, y gracias al cual en el instante que un punto cualquiera del cuerpo pierde el líquido que habitualmente le alimentaba, casi de improviso se repone.

Cójase un mamífero y hágasele donde quiera una picadura: se verá correr la sangre durante algun tiempo, y cerrarse la herida por el aflujo de los líquidos que la reemplazan. Se observa á menudo en la operacion de la catarata, que el ojo se vacía completamente de los humores acuoso y vítreo, y que á pesar de esto, aquellos líquidos son pronto reemplazados llenándose de nuevo el ojo vacío. Sabemos además, que parte de las sustancias introducidas en la economía por las bebidas y por otros medios, sale por las orinas, por la transpiracion cutánea, y en fin, por todas las escreciones. Este hecho prueba de un modo conveniente el movimiento continuo de asimilacion y de desasimilacion que hay en nuestros cuerpos.

Los animales pueden vivir durante un tiempo bastante largo, sin aquella renovacion de los elementos de su economía, puesto que un perro ha podido vivir veinte y tres dias sin to-

mar ningun alimento sólido ni líquido. La vida pudo persistir sin que ninguna nueva sustancia se introdujese.

Del tránsito de los líquidos en la economía.

Las ideas que en la actualidad se admiten sobre la circulación, son generalmente erróneas. Es tan palpable esta verdad, que podemos decir, que las ideas que tenían los sabios del curso de la sangre antes de Harvey, estaban tan poco adelantadas respecto de las que este gran fisiólogo nos dió á conocer, como las de hoy lo están respecto de la verdad.

Los líquidos pueden moverse de dos maneras en el cuerpo: ya obedecen á las leyes de la imbibicion recorriendo los tejidos como el agua lo hace por los poros de una esponja, ó ya su movimiento se ejecuta en tubos ó vasos de calibres infinitamente variados y que abundan mucho en nuestros cuerpos. Estos tubos están encargados de transportar los líquidos á las diferentes partes de la economía, y podemos considerar al corazon como al mas grueso de todos y como el lugar en que terminan. Todos los vasos van disminuyendo de calibre desde aquella víscera hasta los órganos á quienes están especialmente destinados.

Arterias.—Los tubos de que hablamos, son de dos especies. Unos resistentes y muy elásticos, que se llaman *arterias* y salen del centro, ó sea del corazon. Desde este órgano van las arterias disminuyendo de calibre, dividiéndose mas y mas y dando en su trayecto ramos y ramillos á los órganos que encuentran. Los ramillos se subdividen á su turno en el interior de aquellos órganos y se terminan en tubos muy delgados cuyo conjunto forma el sistema capilar.

Venas.—Estas son unos tubos mas suaves, menos elásticos que las arterias y distribuidos de muy diferente modo. En efecto, las venas nacen del sistema capilar, de manera, que su origen y la terminacion de las arterias se confunden, comunicando libremente estos dos géneros de vasos. Las venas aumentan en seguida de calibre por la reunion de los capilares y forman ramillos, que juntándose á su turno dan ramos, los que confundiéndose luego producen los troncos que van á terminar en el corazon. Reasumiendo pues, se dirá, que hay dos sistemas de tubos, los cuales tienen un centro comun que es el corazon.

Consideraciones mecánicas sobre la distribución de los líquidos.

En todas las máquinas el líquido sobre el cual se obra, no puede moverse sino bajo una influencia mecánica. En los animales, solo esta fuerza puede ser la causa del movimiento de los líquidos; y esta causa es, la contracción muscular. Por eso el corazón, que como demostraremos mas adelante es una verdadera bomba, no se diferencia de las bombas comunes sino en que la fuerza que le da impulso es muy distinta de la que en estas últimas se emplea, siendo iguales en entrambos casos los efectos.

Válvulas.—Así que hemos conseguido que el agua se eleve por un tubo, empleamos válvulas para pasarla en otro; ellas dejan que el agua penetre en el segundo tubo, é impiden que vuelva al primero, de modo que el líquido sale por una clase de tubos muy diferente de aquella por donde ha entrado. Lo que sucede en la mecánica se observa igualmente en el corazón, donde hay válvulas que sirven para los mismos usos; y por esto se hallan tres válvulas en la aorta, las cuales, como veremos mas adelante, favorecen en gran manera la función de que está encargada aquella arteria. Pero hay un carácter propio de la circulación y que la diferencia de nuestras máquinas hidráulicas ordinarias, y consiste en que si ponemos agua, ú otro líquido cualquiera en lugar de la sangre que corre por nuestros vasos, todos los movimientos se paralizan.

Para que la circulación se verifique en nuestra economía, es preciso que la sangre cambie y se transforme á medida que penetre en los órganos, para lo cual es necesario que algunas de sus porciones se eliminen y sean reemplazadas por nuevos elementos. Además, para que la función se ejecute ordenadamente, se requiere que estos cambios se efectúen sin que haya orificios visibles para la entrada y la salida de los materiales que van á mezclarse con la sangre ó que son espulsados. Por esta razón los líquidos y los gases entran en la economía y salen por los poros de los órganos.

De las propiedades físicas de la sangre.

La sangre es un humor viscoso, compuesto de una parte líquida llamada suero, y de una parte fibrinosa que tiende á

solidarse y á pasar al estado de fibrina: además contiene infinitos globulillos cuya forma mas se acerca á la figura elíptica que á la esférica: en resumen, la sangre es un líquido cuya tendencia á solidarse es tan grande, que solo se neutraliza por la agitacion y la rapidez del movimiento.

Para que los vasos estuvieran en relacion con aquellas cualidades de la sangre, era preciso que fueran suaves y resistentes, en fin, de una textura apropiada á la composicion del líquido que ponen en movimiento. Esto es tan exacto, que no se podría concebir se efectuara la circulacion cambiando el tejido de los vasos por otra sustancia, como la goma elástica &c.

La necesidad de que hubiera estas relaciones entre el tejido de los vasos y las propiedades de la sangre, se nota sobre todo en los capilares tanto por la pequeñez de sus diámetros, cuanto por la cantidad de las materias que existen en suspension en la sangre; pues el menor cambio en la naturaleza del tejido de los capilares bastaría para que la sangre se coagulara.

Del corazon.

Dijimos que en el centro de la circulacion se hallaba este órgano y que desempeñaba en la economía el mismo oficio de las bombas en las máquinas de hidráulica. Para hacer palpable esta analogía y lo bien que se acuerdan cada una de las partes que le constituyen con nuestras esplicaciones, pasaremos á su descripcion.

Ventrículos.—Este órgano presenta dos cavidades considerables: la una corresponde al lado izquierdo, tiene paredes muy gruesas, carnosas y es menos capaz que la otra que está á la derecha, y cuyas paredes mas delgadas y menos resistentes, dejan una cavidad mas considerable. Como la intensidad de los movimientos está en razon directa de la masa muscular, la cavidad derecha es mucho menos poderosa que la izquierda. Cada uno de los ventrículos comunica con otra cavidad llamada *aurícula* y con un vaso grande. Las válvulas que sirven para separar al ventrículo de la aurícula y del vaso grueso, son muy semejantes á las válvulas que aíslan el cuerpo de una bomba del depósito que la provee y del tubo que debe conducir el agua. Sin embargo se debe notar aquí que la naturaleza se sirve de instrumentos mucho mas perfectos que los nuestros, pues aquellas válvulas por su suavidad y elasticidad tienen una perfeccion que las hace apropiado á ciertos usos pa-

ra los cuales las válvulas metálicas serían demasiado groseras.

El corazón se compone pues de dos partes separadas, y cada una de ellas se forma de otras dos, que son el ventrículo y la aurícula. Estudiaremos estos dos sistemas.

Corazón derecho. — De las dos bombas, esta es la más débil y espaciosa. Está en relación con la aurícula derecha y con un grueso vaso, que llaman *arteria pulmonar*, y presenta una válvula en cada uno de los orificios. La que separa al ventrículo de la aurícula, tiene el nombre de válvula tricúspide y se compone de tres telas membranosas, cuyos bordes libres cuando se juntan y colocan unos sobre otros, cierran del todo la entrada del ventrículo al líquido que se halla en la aurícula.

La aurícula es una cavidad bastante grande, de paredes delgadas, contráctiles, que comunican, según queda apuntado, con el ventrículo por una parte, y por otra con dos gruesos vasos que son las dos *venas cavas*. Se ve claramente que esta cavidad no es una bomba, puesto que faltan válvulas á las venas cavas; y por esto, aunque consiste en una cavidad muscular que se dilata y se contrae, sus funciones son bien diferentes de las del ventrículo. No debe mirarse esta parte sino como un agente pasivo. En efecto, si la aurícula obrara sobre la sangre de un modo activo, la lanzaría tanto á las venas cavas como al ventrículo: pero admitiendo que no se dilata sino por qué la sangre afluye á su interior, y que no se contrae sino por qué el ventrículo se dilata; se comprenderá la razón de que no pase á las venas cavas y de la inutilidad de las válvulas. En esto nos fundamos para decir que la aurícula no es una bomba, sino un receptáculo que sirve para contener y medir la cantidad de sangre que debe pasar de su cavidad en la del ventrículo. Este aserto se apoya también en la experiencia, pues en muchos casos se ha visto que la circulación se efectuaba sin que la aurícula se contrajera.

Corazón izquierdo. — Lo espuesto sobre el ventrículo y la aurícula derechas, puede decirse con exactitud para las cavidades izquierdas. El ventrículo comunica con un grande vaso llamado *aorta* y con una aurícula que tiene otra válvula en su abertura. Además, la aurícula recibe cuatro grandes troncos venosos que son las *venas pulmonares*. La única diferencia que se advierte entre estos dos sistemas de cavidades izquierdas y derechas, consiste en que las últimas, más espaciales, poseen una fuerza muscular mucho menos considerable.

Anatomía del corazon en el feto.

Durante la vida fetal se hallan reunidas las dos bombas de que hablábamos por el agujero de Botal, de manera que no vienen á formar mas que una. La razon de esto consiste en que en el feto la placenta está muy distante del corazon por la mucha longitud del cordon umbilical. Se concibe fácilmente que el corazon para lanzar la sangre hasta la placenta, necesita de una fuerza considerable, y como no bastaría la contraccion de un solo ventrículo para dar todo el impulso que se requiere, la naturaleza ha hecho un solo sistema de las dos partes de aquel órgano poniéndolas en comunicacion por el agujero de Botal, consiguiendo así que las acciones reunidas de los dos ventrículos puedan entonces ser bastantes para la expulsion de la sangre.

Haciéndose el pulmon, inmediatamente después del nacimiento, un órgano activo; el corazon necesita dos cavidades separadas, una que impela la sangre á los pulmones y otra que la lance por toda la economía después que se ha sometido á la accion del aire. Entonces es cuando el agujero de Botal se cierra, y se obstruye el *canal arterial*, que era un gran vaso encargado de reunir la aorta con la arteria pulmonar.

La respiracion tambien influye en los movimientos del corazon, y aunque por ahora solo diremos una palabra, nos reservamos para mas adelante profundizar esta materia. El fenómeno de la respiracion se debe tambien á la accion de una bomba. El pecho, que por sus paredes musculares aumenta y disminuye sucesivamente de capacidad en la inspiracion y la espiracion, es el cuerpo de la bomba puesto en comunicacion con el aire exterior por la *traque-arteria*. Como el corazon se halla colocado en el centro de esta máquina, se conocerá fácilmente la influencia que pueden tener en él y en los vasos que recibe ó que da los movimientos de la respiracion.

De la estructura de las paredes del corazon.

Si se abre uno de los ventrículos de este órgano, y particularmente el izquierdo, se ve que sus paredes se componen de columnas carnosas entrecruzadas en todos sentidos, las cuales son al principio muy voluminosas, después menos gruesas, y

en fin, cada vez mas y mas finas, acabando por aparecer á la simple vista como formando un tejido inestricable. Estas columnas se adhieren ya por sus dos extremos, ya por sus bordes; y en el interior del corazon, constituyen un tejido cuyas mallas van adelgazando á medida que se aproximan á las paredes de este órgano. En el corazon izquierdo es mucho mas notable esta disposicion en células, que en el derecho, cuya potencia muscular hemos dicho ya que es menor.

Cuando el corazon está dilatado, aquellas columnas carnosas forman los tabiques de multitud de células, que todas comunican entre sí y se llenan de sangre. Así la primera accion de las columnas sobre este líquido, es servir como de tamiz dividiéndole en tantas porcioneillas diferentes, cuantas células existen. Comprenderemos la importancia de este uso, considerando que la sangre es líquida, viscosa, eminentemente coagulable, y tiene en suspension multitud de materias sólidas que con facilidad se precipitarían.

Después de la dilatacion del corazon viene la contraccion de sus paredes. En este movimiento, el líquido que estaba como pasado por un tamiz, se somete á una agitacion de la que no se escapa ninguna de sus partes, previniendo de esta manera la precipitacion de las materias sólidas y su coagulacion.

Vemos, pues, que las columnas carnosas del corazon tienen dos usos: dividir las partículas de la sangre, y agitarlas. Se concebirá la fuerza enorme que consume la naturaleza en esta doble accion, reflexionando en el gran círculo cuya circunferencia está la sangre destinada á recorrer.

De la estructura de los vasos y de las propiedades físicas de sus paredes.

Los vasos que van á toda la economía desde los dos ventrículos del corazon, ofrecen grande interés si deseamos conocer el modo con que desempeña su tejido los usos á que están destinados. Su pared interna es muy pulida y así previene los obstáculos que el frote de la sangre con los vasos opondría á su curso; pero en lo que consiste sobre todo la superioridad que tienen los tubos vivos sobre los canales que se usan en las artes, es en la elasticidad de los primeros; elasticidad que no solo se advierte á lo largo, sino tambien á lo ancho de nuestros vasos. Esta propiedad de tejido es mucho mas notable en las

arterias, que en las venas; pero tiene un carácter particular en cada una: la arteria es menos estensible que la vena, pero recobra mas pronto sus dimensiones primitivas: la vena por el contrario, es mas estensible, pero tarda mas tiempo en recobrarlas. No debemos confundir la elasticidad con la contractilidad. Esta no existe en el hombre, sino en el corazon; y tan lejos está de encontrarse en los grandes vasos, como en los capilares, aunque se pretenda todavía que es la única causa del movimiento de la sangre en este sistema. La falta de contractilidad de los vasos sanguíneos, se nota en la mayor parte de los vertebrados. Algunos han querido hallar esta propiedad en los reptiles, quienes solo en la base de la aorta y en el punto en que se junta con el corazon, presentan un refuerzo de naturaleza muscular, que se llama el bulbo de la aorta. Pasado este bulbo, no hay mas contractilidad.

Tambien en los peces hay un tubérculo, pero tiene la misma naturaleza de los vasos, y por consiguiente es elástico y nada contrátil.

Análisis compendioso de las funciones del corazon.

Reunida la sangre venosa de toda la economía en las dos venas cavas, superior é inferior, se vierte en la aurícula derecha, de donde pasa á la bomba derecha ó ventrículo derecho por la dilatacion de esta cavidad y la contraccion de la aurícula. Esta bomba oprime la sangre, á consecuencia de lo cual se cierra la válvula colocada entre la aurícula y el ventrículo y se abre la de la arteria pulmonar. Así el líquido corre libremente á los pulmones.

Conducida la sangre por las divisiones capilares de la arteria pulmonar al interior del pulmon, sufre la influencia del aire que suministran los bronquios; y siempre bajo la accion de las contracciones de la bomba derecha, adelanta con rapidez hacia las venas pulmonares. Reducidas estas á cuatro grandes troncos, se dirigen á la aurícula izquierda del corazon. La contraccion de esta aurícula y la dilatacion de la bomba izquierda, hacen pasar la sangre de la aurícula al ventrículo. Entonces esta bomba se contrae; la válvula que separa las dos cavidades izquierdas, se cierra; la de la aorta se abre y da entrada á la sangre que corre por este vaso y á quien la accion del corazon impele sin cesar á todos los órganos del cuerpo.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION DECIMA.

DE LA GRACIA, ENERGÍA Y NATURALIDAD DE LAS PALABRAS.

Gracia de las palabras.

Nace de la facilidad y variedad de los términos y de las espresiones, es lo que se llama *elegancia* en oratoria, la *delicadeza* que pide el buen gusto, y la *venustidad* ó *molle atque facetum* de Horacio.

La esclarecen y perfeccionan grandemente la lima y el trabajo, que jamás en los buenos escritores se traslucen; y consiste en pintar los pensamientos con soltura, en excitar con las palabras y su combinacion nuevas afecciones y deleites. Hay cierta música oratoria que habla al oído y subyuga la inteligencia; encanto que solo deleita las almas sensibles, y que apoyándose á veces en la armonía imitativa nos da el sonido y su medida inseparables de la idea, y como dice Auger, resuelve el problema de la pintura en movimiento.

Esta suave consonancia de las voces, esta gracia del decir inseparable de la idea, esta espresion dulce y lijera que todo lo embellece pareciendo ocultarse, que da tanto realze á las obras de talento, y que es tan difícil de definirse, este encanto igualmente necesario al orador, al poeta, al estatuario y al pintor, que Homero y Anacreonte entre los griegos, Tíbulo y Virgilio entre los romanos, Racine y Fenelon entre los franceses, Cervantes y Garcilazo entre nosotros, han dado á conocer tan bien, esta gracia que el Caravage no comprendió jamás, y que derramó sus favores sobre Rafael y el Corregio, este don tan raro y tan precioso que solo con órganos muy delicados le sentimos; era en Grecia el gran secreto de los escritores y el carácter general de los artistas. En aquel país tan favorecido de la naturaleza, los artistas y los filósofos tenían abiertas escuelas donde la gracia dulcificaba la severidad de las lecciones. En los tiempos en que Praxiteles esparcía sobre el Cupido de Tespis y sobre la Venus de Gnido, gracias inimitables; Sócrates iba á estudiarlas en casa de Aspasia, inspiraba el gusto á los artistas, las enseñaba á sus discípulos, y Platon y Jenofonte aprovechándose de sus lecciones las regaban en sus obras.

El dulce lamentar de dos pastores, es un modelo de la gracia del decir. La misma se advierte en estos versos:

Flérida, para mí dulce y sabrosa
mas que la fruta del cercado ajeno,
mas blanca que la leche y mas hermosa
que el prado por abril de flores lleno.

Hidalgo traduciendo una Bucólica de Virgilio, dice:

Pastores de la Arcadia venturosa
maestros en cantar con dulce acento,
en estos vuestros bosques
con acordada avena,
vosotros solos cantareis mi pena.

Si quisiéramos dar modelos de la gracia del decir, copiaríamos casi todo nuestro Cervantes, gran parte de Granada y mucho de Fr. Luis de Leon, cuya Perfecta casada es un dechado inimitable.

Energía de las palabras.

La energía de las palabras, entre todas las cualidades la

mas propia para avasallar los espíritus y arrastrar las afecciones, que asombra con el sonido y acobarda con la idea, que arrebató en Demóstenes, suspende en Mirabeau y nos aterra en Mejía, solo pertenece á las almas de fuego profundamente conmovidas.

Las palabras mas significantes, las mas nobles y oportunas, las que retratan al entendimiento el objeto como si le viéramos con los ojos, son las que merecen el título de *enérgicas*; espresion que dice mas que *fuertes*. Buscarlas fuera del asunto como erradamente se piensa, es caer en la afectacion cuando se busca la naturalidad: de aquel se han de sacar las que den valor á los conceptos.

Y á la manera que una sustancia venenosa bien administrada, salva á un enfermo de la muerte; así los términos, por improprios y ponderados que parezcan, subliman el discurso. La espresion figurada que en los hechos comunes quitaría la lusion, aquí la acrecienta. Defendiendo Almanzor á Abenhamet en la Zoraida, dice á Boabdil:

Cubierto en polvo, de sudor bañado
tinto en la sangre que sus rotos miembros
brotaban sin cesar, rompe, destroza
cuanto se opone á su fatal encuentro
hasta arrancar de la española garra
sus encerrados moros, que sangrientos
por montes de cadáveres se salvan.

Todas estas palabras son enérgicas, y bien se deja percibir el realce que adquieren con las de *garra* y *montes* del estilo figurado.

El número singular en unos casos y el plural en otros constituyen á veces esta energía. Así uniendo muchas cosas en una dijo el Génesis: "Pesó á Dios de haber criado *al hombre*," en lugar de *la naturaleza humana*, que singular en los términos es plural en el sentido. Valémonos de este número no solo para dar con la multitud mas sonoridad á la espresion, como cuando decimos los *Cervantes*, los *Granadas*; sino tambien para acrecer el efecto y multiplicar la repeticion de las cosas. Bien lo sabía el maestro Leon cuando en la *profecía del Tajo* metafóricamente dijo:

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males,
Entre tus brazos cierras.

Aquí además se comete una figura que el prurito de divisiones y subdivisiones llama *enumeracion de partes*, distinguiéndola con el nombre de *enumeracion con distribucion* si afirmamos, negamos ó comentamos cada una de las particularidades.

Aunque los pronombres personales y demostrativos suelen escusarse en la oracion, conviene no hacerlo si dan énfasis al discurso. “Yo lo ví con mis ojos.—Neron *aquel* tirano del romano imperio”; dicen mas que: *Lo vi con mis ojos—Neron, tirano del romano imperio.*

Los advverbios y otras partículas espletivas acuden al orador con su socorro aumentando la energía de la frase, en estos ejemplos y los parecidos. “¡*Que!* hemos de padecer siempre”! Trato *ya* de vivir.” Ocuando en el *Oscar* dice Gallegos:

Ya en las hondas entrañas de Inistora,
O ALLÁ en las tristes márgenes del Légon,
Mi despecho y mi vida sepultando,
Con gritos MIL fatigaré los vientos.

Entre estos medios de dar energía al discurso no debe olvidarse la conjuncion, aunque de suyo parece que se opondría como abajo indicaremos. Pregúntase Abufar en *la familia Arabe* admirado y confundido,

¿Porqué Farhan en su caballo ardiente
En el fondo perdióse del desierto
Y por Egipto y Siria y Persia y Media
Enfurecido y sin descanso huyendo
Muda de soledad, do quier llevando
Su insufrible inquietud y su tormento?

Aquí consiste la energía en representar lo muy ocupado del ánimo y de la imaginacion en un solo objeto. Pero como frecuentemente la abundancia de conjunciones separando las ideas disminuye el impulso de la afeccion y debilita el estilo; cuando la energía se debe al desenfado filosófico, á la agitacion del ánimo ó á la rapidez del pensamiento, se eliden.

Tambien en la citada profesia dice Leon:

Aeude, corre, vuéla,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menca fulminando el hierro insano.

Esto se llama en retórica escolástica, *disolucion*.

La buena repetición de las palabras no solo sirve para el chiste, sino también para la elegancia y la energía. Dice Cienfuegos en la narración del frente.

YO LE VI, YO LE VI cuando acosado
Por todas partes del cristiano esfuerzo
Pugnaba por romper con fuerte lanza
Cuádruples muros de acerado hierro.

Y Gallegos en *el dos de mayo*, después de contar la traición francesa, pregunta si en tanta ignominia quedará impasible el español: responde que no, y añade:

Ya el duro casco y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su fulminante acero;
VENGANZA Y GUERRA, resonó en su tumba
VENGANZA Y GUERRA, repitió Moncayo,
Y al grito heroico que en los aires zumba,
VENGANZA Y GUERRA claman Turia y Duero.
Guadalquivir sañudo,
Torna al bélico son la regia frente,
Y del Patron valiente,
Blandiendo activo la nudosa lanza
Corre gritando al mar: GUERRA Y VENGANZA.

¡Que repetición tan guerrera y tan sublime! Cuán diferente de la que hacen los retóricos en sus composiciones frías donde todo abunda y principalmente el fastidio! Con razón los griegos la llamaban *batoglia*, habla de tartamudos.

Para dar fuerza á una expresión es necesario limpiarla de los términos inútiles y colocar al que manifiesta la energía del afecto en el punto mas visible ó donde su impresión sea mas considerable. También se puede esforzar por grados una idea, como en los versos anteriores, por manera que las últimas partes del discurso pinten la pasión en su apogeo. Es lo que llaman los retóricos *climax* ó *graduación*: puede ser de mas á menos ó de menos á mas: pero casi nunca deben colocarse tras ideas y palabras enérgicas, otras flojas, comunes y triviales; vale mas detenerse en las primeras. Por consecuencia no convendrá á las cosas sencillas este modo de espresarnos.

Decoro de las Palabras.

Ni la claridad, ni la gracia, ni la energía de las palabras se han de tomar en tan lato sentido que sacrifiquemos por con-

seguirlas la moderacion y la decencia. Los términos bajos deben proscribirse del trato civil y aun mas de los escritos, pues no solo denuncian mala educacion, sino poco roze con personas delicadas. No daremos como Capmani reglas que escusen la deshonestidad de las palabras sin encubrir la de la idea, que mas está el daño en la intencion que en el modo de espresarla. Unicamente en el foro podrán ofrecerse casos donde deba el orador acudir á toda la finura de las espresiones castellanas manifestando lo inmundo de la idea con el comedimiento que su educacion le suministre.

Hay espresiones claras y honestas que deben proscribirse de las obras de elevado estilo, porqué el uso las ha hecho tan bajas como el objeto que indican. Los Griegos y Romanos no eran tan descontentadizos como nosotros, y Homero comparando los ojos de Juno á los del buey, y Virgilio en sus Bucólicas nombrando animales innobles, no hicieron bajo su estilo. ¿Mas quien usará hoy en composiciones épicas de las palabras *savandija*, *chivo*, *talego* &c? Y á pesar de esto el cantor de las ruinas del Alhambra, dijo:

Mas ; Oh dolor ! las viles SAVANDIJAS
Habitán su recinto misterioso.

Mas noble fuera *villsimos insectos* aunque cambiara el ritmo, y perdiera *sus tareas prolijas* que viene como de cuña.

CRITICA.

Gonzalo de Cordoba.

La felicísima eleccion de un argumento en que se recuerda una de las épocas mas gloriosas de nuestra nacion; un argumento cuyo principal personaje ha merecido que le llamemos con orgullo el *Gran Capitan*; un argumento, en fin, en el que el amor del héroe castellano á una princesa granadina, hija de un Bey musulman, es la principal pasion; no puede menos de electrizar y conmover, no solo á los españoles, sino

hasta á los enemigos, émulos y detractores de nuestras glorias. Empero, á la manera que el hombre enamorado ni ve, ni oye, ni conoce los defectos de la mujer que ama; así á la sombra de los sentimientos generosos pasan en las obras de ingenio deformidades y borrones, que sin aquellos resaltarían chocando al buen gusto, y aun á la razon. ¿Quién tilda un mal verso, un pensamiento trivial en una cancion patriótica?... He aquí el motivo, bastante fundado, que exige que la crítica de estas obras que tienen el poder de fascinar, sea la mas severa, si no queremos que degeneren el gusto, harto dominado en todos tiempos por las exigencias de la moda. Mas ¿quién es el presuntuoso que se cree y se da al público por capaz de pronunciar *el juicio* de un drama, si este no es tan malo que pueda fallar contra él hasta el mayor ignorante? Los grandes hombres se han reducido á añadir algunas notas críticas á estas obras; un Voltaire llamó *comentarios* á las que puso á las dramáticas de Corneille: en el dia apenas aparece un drama, una novela, al instante encuentra un escritor (esto es, un hombre que escribe) que hace su juicio, cuando este no precede á la publicacion de aquella. Elogios campanudos, hinchados de lisonjas, cuanto huecos y vacíos de criterio; ó bien censuras de reprobacion intolerantes y preocupadas, y una afectada modestia confesando la insuficiencia para juzgar, que va á conocer todo el que lea semejantes *críticas*; tal es la esencia y la forma de lo que en el lenguaje de los literatos adocenados se llama un *juicio crítico*.

Sin embargo, y á pesar del descrédito de semejantes artículos, aventuro mis reflexiones sobre el *Gonzalo de Córdoba*, advirtiéndole que ni pienso hablar del autor, ni en este momento le conozco, ni conozco de él mas que el drama que tengo á la vista.

Cualquiera drama que no sea el efecto de una acertada combinacion de medios para llenar cumplidamente un fin, ora sea este respectivo á las costumbres, ó bien sea filosófico, ó político, no puede ser mas que una obra sin plan, sin organizacion regular; una obra de taraceo, por mas que en ella superabunden las bellezas. El fin ostensible del *Gonzalo* ha sido á mi parecer, excitar el amor á la patria con recuerdos gloriosos, capaces de despertar el entusiasmo hasta en los mas indiferentes. Y como los obstáculos al amor recíproco de Gonzalo y de Zulema son la basa del argumento, ha sido forzoso que

se llene el fin, en su mayor parte, por medio de los episodios. Esta parece haber sido la razon de que se presente el amor de Zulema, desnudo del combate de las pasiones, que destroza al alma, y cuya enérgica y natural representacion hubiera llamado á sí los sentimientos en perjuicio de las otras miras. *¡Justicia, justicia pide!* dice Jimena en el *Cid* (no sé si de Diamante ó de Guillen de Castro). “¿Qué belleza, esclama Voltaire, en el poeta español y en su imitador! La primera palabra de Jimena es pedir justicia contra un hombre á quien adora: quizás es esta la mas hermosa de todas las situaciones... ¿Hará Jimena derramar la sangre del Cid? Todas las almas están en suspension, y todos los corazones conmovidos.” Zulema, amante decidida de su padre, de su hermano y de su patria, aunque cristiana, *odia de muerte* á Gonzalo, el mas temible enemigo de los suyos; y apenas oye en boca de su amante: *Gonzalo soy*, después de dos exclamaciones, le dice:

..... en vos veo
no un enemigo ya, no un hombre odioso,
sino el objeto dulce y amoroso,
que manda cual Señor en mi deseo.

Y no contenta con esto, añade, respondiendo á la pregunta *¿Aun me amais?*

..... Negarlo fuera
delito infame, atroz:

enagenacion poética que dice bien claro al espectador: no esperes una lucha de las pasiones; Zulema está decidida á seguir la suerte de su patria, y si esta sucumbe, á retirarse á la soledad, como te lo va á decir muy pronto.

La misma parece tambien la causa de haber reducido los obstáculos á los que opuso el feroz Alamar, personaje odioso que no distrae el interés del principal objeto, como lo hubieran hecho los que hubieran opuesto el bizarro Abencerrage, hermano de Zulema, ó los caballeros de su bando, cuyo gefe era el respetable Muley. En efecto, el hermoso contraste de la brillante caballería árabe con los paladines de Isabel, su rivalidad en el honor y demás dotes de un caballero; todo esto puesto en la escena, no podía menos de repartir la atencion y el interés, como lo hacen Saladino y su hermano en presencia.

de Ricardo y demás cruzados en el *Talisman* de W. Scott. Simplificado y reducido así el argumento, llaman particularmente la atención los episodios. El mas hermoso de los del *Gonzalo*, es sin disputa la amistad de Lara; no porqué es un sentimiento noble, no porqué es un hecho reconocido por verdadero; sino porqué está fundido en el argumento tanto que es esencial á él. El amor espone á Gonzalo á faltar á su deber; la casualidad le opone la fuerza material; y la amistad le salva su reputacion al mismo tiempo que del conflicto de batirse con el hermano querido de su amante: Lara deja muy pronto de considerarse un personaje extraño á la accion principal. Mas la amistad, noble é interesante sentimiento, representada en un solo personaje, no llama la atención al carácter de la época, como las otras prendas que muestran los demás personajes, sin embargo de reconocer las relevantes del Gran Capitan.

El segundo personaje episódico es el Rey: ignorante está de los amores de Gonzalo, y en consecuencia indiferente á ellos, es enteramente extraño á la accion principal; y como los personajes que deben acompañarle, son de los esclarecidos varones de aquella época; fuera de la amistad particular de Lara que sabía el secreto de Gonzalo, todos se reducen á expresar los sentimientos que creo tiene por fin el drama.

Pedro y Armina son unos confidentes, el primero necesario, y la otra de conveniencia. Quisiera decir otro tanto de Omar, Agar y Velid que salen en la 2.^a y hasta la 5.^a escena del acto 1.^o solo para morir después á manos de Gonzalo; de este Gonzalo, la menor duda de cuyo valor sería una necedad insoponible; de este á quien confiesa Zulema que le salvó la vida y honor *dando á doscientos la muerte*; de este á quien Muley y sus cortesanos reconocen por el heroico libertador de la Princesa. Salen, repito solo para que se sepa que sucumbieron tres musulmanes al denuedo del que ellos mismos llaman *ese adalid tan temido; el que á la media luna tantas veces ultrajó; el gran Gonzalo; el invicto Gonzalo*; del que los castellanos de entónces, los moros y la posteridad han reconocido por *grande* en las armas y en el consejo.

Respecto al Trovador es tan extraño al drama, que lo único que puede excusarle es que entre los abusos de la libertad tan mal entendida de muchos de los que blasonan de amantes de la nueva escuela, es el menos reprehensible el introducir en la escena un hombre que cante, sobre todo si lo hace bien.

Reflexionando ahora cómo se ha presentado y conducido la accion enredada, ó si se quiere, adornada con los episodios, encontramos escenas, no solo bien motivadas, sino tambien de una feliz oportunidad. La 2.^a del acto 1.^o en la que la naturalísima llegada de Muley á ver á su hija, que se había salvado, interrumpe el descubrimiento, que iba á hacer Gonzalo de su nombre, pesándole ya el engaño en que su traje tenía á Zulema, prolonga el interés haciendo esperar los efectos de esta revelacion. La 3.^a del acto 4.^o después que Alamar ha hecho salir á Armina, supone en él el designio de privar á la infeliz Zulema hasta de un suspiro, de un gesto de compasion cuando le dice:

Que muerto ya Almanzor, á nadie temo.

..... A manos de tu amante

expirar yo le vi.... Tu amante mismo.....

Otras escenas se observan sin motivo ni fundamento, y aun muy impropias. En la 12.^a del acto 1.^o no se adivina á qué iba Zulema al jardin á aquellas horas. La 20.^a del acto 2.^o una princesa sin disfraz, que sale de una ciudad estrechamente sitiada, y llega hasta la tienda de un gefe del ejército enemigo, es tan impropio, que no encuentra mas excusa que la hermosa escena 21.^a á que da motivo.

Esta, quizás la mas bien expresada del drama, y ciertamente la mejor sostenida, es de las que ofrecen un grande interés: en ella están con sus facciones naturales los crueles sentimientos que excita en los amantes el duelo, para ambos inevitable. La 8.^a del acto 4.^o es un excelente diálogo, en el que vuela la accion llena de energía. Lástima es que concluya con el verso *descansarás en eternal reposo*: sentimiento tan impropio de un bárbaro como Alamar en la situacion en que se halla.

Tambien hay otras sin interés, ó demasiado frias. En la 9.^a del acto 1.^o va Gonzalo á hacer la confidencia de su amor al padre de su querida, y le dice casi claro que va á matar á los tres campeones que envía en contra del temible enemigo, á cuyo vencedor ha prometido su hija. Difícil es que el espectador reconozca en esta escena la prudencia del gran capitán, y lo peor es que las sospechas que hace nacer en Muley no tienen consecuencia. El monólogo de la escena 11.^a del acto 1.^o contiene ocho décimas para expresar estos dos sentimientos.

Es musulmana ¿y la adoro?—¿Qué dirá el compañero de mi infancia? Así se encuentran en él conceptos triviales y afligranados, como

*..... el veneno fatal
que devorador ardiente
le consume lentamente
con gran martirio infernal:*

lo que debilita mucho el interés que aquellos debían producir.

Estas reflexiones bastarán para formar una opinion de las demás escenas importantes hasta la conclusion del drama, en el que (siento decirlo) el argumento queda sin desenlace. Ciertamente es que en la última escena se representa la muerte de Alamar, personaje, indicado ya desde el primer acto, y necesario para un incidente que forma casi todo el último; pero el nudo del argumento; los amores contrariados de Gonzalo y de Zulema, queda sin desatarse, ni cortarse. Desde la escena 12.^a del acto 1.^o cuando no sabía, sino que su amante era cristiano como ella, dice Zulema:

*..... Si á mi madre
juré reverenciar el cristianismo,
idolatro tambien á mi buen padre.
Muley es moro; y de la patria mia
la salvacion anhela. Yo su suerte
seguiré por do quiera.....*

y después, cuando supo que era Gonzalo; y después de haberle dicho:

*..... objeto dulce y amoroso
que manda cual señor en mi deseo;*

cuando este hombre querido le insta

*..... ¿Por qué tu mano,
ángel hermoso, no ha de ser un día
el premio de mi amor?*

le contesta:

Nunca, lo juro.....

Tambien es cierto que ayudado de Lara y los suyos, Gonzalo salva la vida de su amada, y la libra de la opresion; però lo mismo había hecho antes, y solo Muley, cuya suerte

seguirá Zulema, ignora los amores de esta y su religion; en la tierna é interesante escena antepenúltima todos los sentimientos son del amor recíproco de padre é hija; ni un recuerdo para Gonzalo: ¿en qué puede fundar este su confianza de

*..... que ella viva
para ser mi esposa fiel?*

; La que ni una palabra ha dicho, ni ha manifestado una duda que debilite su firme y jurada resolucion de no serlo jamás!

Oponiéndose toda relacion histórica á la esencia del drama, que debe ser todo accion, la crítica juiciosa no condena refre tanto sea imposible, impropio ó inconveniente ejecutarse en la escena; y además quiere que se evite en parte este escollo haciendo referir á quien deba hacerlo por necesidad, ó por un motivo que contribuya á la accion, ó á los incidentes naturales á ella. Así es muy propio que Muley pregunte á su hija ¿porqué prodigio la vuelve á ver? y necesaria la respuesta. Es igualmente propio que Fernando pregunte á Gonzalo el resultado de su embajada; y lo sería mas que le hubiese informado de cuanto el decoro y el pundonor no le impidieran decir de sí mismo. Es tambien necesario que el amigo informe al amigo de su amor, de cuya confidencia han de resultar las interesantes escenas en que la amistad de Lara se funde en la accion principal. De forma que queda evidente lo que de estas relaciones en boca de Pedro resulta impropio, ó redundante. Y quizás de aquí nace que no se pueda conciliar lo que dice Pedro: que llevaron al héroe casi difunto al palacio de Zulema,

*quien con eficacia estrema
le asistió en su enfermedad,*

con los sucesos del primer acto, en cuya noche vió Muley por primera vez á su hija después de su recobro; y no se sabe donde estuvo el padre durante la enfermedad de Gonzalo, de la que tampoco se habla.

De propósito no he dicho nada sobre las escenas en que, solos ó acompañados, figuran el Trovador y el Ballestero, ni de la impropiedad de que todo el acto 3.º suceda en la tienda de Gonzalo, á la que va el rey como á la suya propia. Desde que un autor se emancipa de la sujecion que le impusieran los

preceptistas, ya no le es permitida una impropiedad, ni una escena inútil á menos de no someterse á otras exigencias que carecen de los pretextos de aquellas. Así se vé con frecuencia la escena vacía, de la que unos personajes salen para que otros entren, por economizar una decoracion: de lo que resulta además que ni el rey, ni el conde, ni Cortés, ni el Trovador, ven la armadura de Lara, que solo reconoce Gonzalo en su tienda. La misma es tambien la causa de que para llenar el tiempo requerido (no por los preceptistas), contado por minutos, se encuentren en los actos 2.º y 3.º doce escenas enteramente estrañas al argumento y á los disculpables episodios.

Reflexionando ahora sobre el estilo del drama se encuentra facilidad, fluidez, medida y armonía en los versos, de los que quizá no hay tres que con razon puedan tacharse de malos. Pero *non satis est pulchra esse poemata*. A mi parecer se observa en el drama una desigualdad muy notable en la parte esencial que constituye la verdadera poesia. ¿Con qué entusiasmo dice Gonzalo, y con cuanto orgullo se oye en su boca:

..... Y creéis
que así á mi patria deslustre?
No, Zulema. En todo el mundo
alumbra el sol rubicundo
otra nacion tan ilustre.
¡Mi patria! patria adorada!
¿No sabéis que dicta leyes
á los estranjeros reyes,
del orbe siendo acatada?

Del mismo Gonzalo son los siguientes:

Desde mis mas tiernos años
acostumbrado á las lides,
al estrago, á la matanza,
nunca mi pecho sensible, &c.

Oigamos al Gran Capitan responder á Muley que le pregunta:
¿es a mujer donde está?

..... No mancille
su celsitud vuestro labio,
que no es mujer.....
No es mujer, no; que es un ángel,
una diosa.....

He aquí el mismo pensamiento hablando á Lara.

*Nunca otra igual conocí.
¡Qué nitidez! Qué ternura!
Qué garbo! Qué donosura!
Qué ojos! Qué voz tan sonora,
cuya dulzura enamora!
Ay! amarla es gran ventura!*

Zulema con el valor de una romana dice á su bárbaro opresor:

*Mira ¡ves esta daga?... En el instante
que te me acerques, en el pecho mío
la enterraré sin miedo: no lo dudes.
¿Tuya? Jamás. En el sepulcro frío
consumar lograrás tu vil intento.*

Oigámosla ahora en un monólogo después que Gonzalo sale á batir á sus rivales:

*¿Y es amable la existencia
del que vive suspirando,
y sin cesar apurando
la copa de la indigencia
está ó del tósigo infando?
No, que aquesta vida es muerte....
Muerte que la acerba herida
ahondando va, fementida
del corazón, flaco, inerte,
do solo el pesar se anida.*

Bastan estos pocos ejemplos para dar lugar á las reflexiones que sobre el estilo provoca la lectura del *Gonzalo*. No puede negarse que varias veces vemos á los personajes como si ellos mismos nos hablaran; pero otras los hace desaparecer la *Lira* del poeta. ¿Quien reconoce á Gonzalo de Córdoba cuando se dice: *que mi nombre esplendoroso?* Será el Gran Capitán el que hablando consigo mismo, añade: *Heroe que aflagido estás?*

En fin se observan algunas palabras de la antigüedad más remota en un estilo que solo esto tiene que no sea muy del día: lo que parece un gusto particular del poeta, pues en la

nota 2 para la inteligencia del actor (escena 2.^a acto 1.^o) se lee:
 "Corriendo hacia Gonzalo y *afinojándose*."

Al concluir estas reflexiones nos acordamos de la publicación de un *Juicio* del Gonzalo, firmado *J. M. de A.* Nada diré de lo que respectó al drama contiene; *unusquisque suo sensu abundet*: pero no me parece impertinente llamar la atención de los lectores á algunas de sus aserciones incidentes en él.

Se queja el señor de *A.* de los excesos de la crítica, que pinta á guisa de furiosa bacante, y la que al fin del párrafo no es crítica, sino sátira: en lo que á mi parecer hay tres errores; de hecho, de doctrina y de cálculo.—La mayor parte, con un grande exceso, de los escritos sobre las obras publicadas en esta ciudad desde que yo la habito, han sido elogios desmedidos, ó de compadrazgo. ¡Qué rara será la obrilla á la que no haya seguido ó precedido el panegírico de ella y de su autor!—Sin defender el abuso, no me parece justo condenar desapiadadamente á la *sátira literaria*. ¿Qué ley excepcional de justicia, de equidad ó de conveniencia exime á los escritos, y á los vicios de los escritores del látigo de la sátira? No puede criticarse un escrito sino con una seriedad catoniana? No me parece muy liberal el querer privarnos de reírnos y hacer burla de lo que no merezca otra cosa.—El temor de que las impugnaciones serias ó jocosas, arredren y ahoguen á los que han principiado ya *el viaje*, en mi opinion, carece de fundamento; porqué todos tenemos una buena dosis de amor propio, que es infalible antídoto contra las impugnaciones, de cuya justicia no nos remuerde la conciencia.

"La crítica, dice el Sr. de *A.*, tiene derecho de investigar si el autor de un drama ha cumplido debidamente el objeto que se ha propuesto, nada mas." Y si el objeto que se ha propuesto el autor es necio, ridículo, desatinado, malo, detestable ¿deberá callarse la crítica si le *ha cumplido debidamente*? Y si no se propuso ninguno, ni sabe lo que es un *objeto* en un drama ¿qué se criticará?

El Sr. de *A.* me permitirá que le diga que los *Abencerrages* y los *Zegries* no eran unas familias, ni linajes, como él supone á Almanzor *de la noble estirpe de los Abencerrages*; eran dos partidos ó bandos como los *Whigs* y los *Tories* de Inglaterra.

Ignoro lo que sean los *encotillados preceptos de la tragedia*, porqué no sé, si en tiempo de Aristóteles, que es el au-

tor de esos preceptos, se usaban cotillas: y aun ignoro mas cual es el precepto que prohíbe en una tragedia *dos personajes que respectivamente roben la atencion*: yo veo á Oscar y Dermidio; á Orestes y Pílates; á los hijos de Edipo; á Seide y Palmira en cuatro tragedias *clásicas*, que roban la atencion: en todos los amores desgraciados roban la atencion ámbos amantes; en fin, yo debería un gran favor al que me indicase una pieza de teatro (como no sea un monólogo) en que un solo personaje robe la atencion.

El Sr. de *A.* ha observado como una novedad entre *nosotros*, el nombre del autor del Gonzalo sin *Don* (aunque esto no es nuevo en la Habana); lo que le sirve de pretesto para decir que *la reputacion literaria es una nueva ejecutoria que se lanza en medio de la plebe y de la aristocracia para dirigir la una y para contener la otra*. Nadie ignora que un literato se distingue de la gente comun y baja, que es lo que significa *plebe*: tampoco se duda que la inteligencia y el saber, en todos tiempos y ahora quizás mas que nunca, forman una potencia de grande efecto en el estado de la sociedad; pero que se obtenga la ejecutoria de este poder por un drama ú otras obras que bastan para dar una *reputacion literaria*; que todos los que han conseguido esta reputacion han admitido la mision de contener la aristocracia: eso es lo que yo ignoraba: no escusaré mi ignorancia con un Chateaubriand, y tantos otros mantenedores entusiastas de las pretenciones aristocráticas, que adquirieron aquella reputacion, pero hasta un Federico II, hasta un Neron, tienen su reputacion de literatos. Volviendo ahora al desprendimiento del *Don*, pienso que cuando no es un efecto de la modestia, puede tomarse por una distraccion del autor, absorbido en el objeto de sus meditaciones. ¿Qué otra excusa plausible puede darse al del *Gonzalo* cuando un Fernando el Católico llama *señor* conde al de Tindillo? Creerémos que ignora que los reyes de España no llaman *señor* ni aun á otros reyes? Dirémos tambien que el autor de *María de Padilla* ignora los principios de buena educacion porqué en su advertencia al lector llama dos veces *don Angel Saavedra* al Excmo. Sr. Duque de Rivas? Yo sé que cuando compuso la tragedia de *Dá. Blanca*, no era duque, é ignoro si lo era cuando se publicó *el Alcázar de Sevilla*; pero estoy seguro de que sin estas distracciones, le hubiera llamado por lo menos *el señor don*.—C. L.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

AMORIOS Y CONTRATIEMPOS DE UN GUAJIRO.

Detrás de la alta montaña que circuye á S. Diego de Núñez por el Sur, se estiende un hermoso valle, aunque de estéril terreno, donde existe el *sitio* que nombran Betancourt, abandonado y yermo hacía muchos años á causa de los trágicos sucesos de que había sido el teatro, viviendo el que le dió nombre, con el derramamiento de su sangre á manos traidoras. De muy distinta naturaleza, empero, es el asunto que nos ocupa y de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores. A la sazón vivía dicho *Sitio* y cultivábale en parte con los esclavos que poseía, un guajiro, nombrado José María Flores, de oficio mayoral, aunque en la actualidad sin acomodo, cuyo carácter y cuyas aventuras le habían dado tal fama en el partido, que traía sin sombra á mas de un labrador, y cavilosas á muchas guajiras. Andaba el tal enredado de amores con Felicia Capote, graciosa muchacha que moraba con su padre en un *sitio* mas allá del pueblo, sobre mano izquierda, y por lo que había tenido sus dares y tomares, noches anteriores, con un

apasionado suyo, conocido por el Curujey. Estas cosas le traían de mala guisa.

Era mas de media noche; pero una de aquellas noches de invierno, en que el viento frio, después de haber despejado el cielo de nubes, se adormeece tranquilo y queda la naturaleza en una calma solemne. La luna, que desde las nueve poco mas ó menos alumbraba, ya descendía al ocaso por entre los árboles que coronan la cima de la *Cabaña*, cuyo curso observaba atentamente el guajiro en el colgadizo de su casa recostado con indolencia notable contra un horcon. Estaba armado en son de marcha: queremos decir, que tenía el rico machete de concha de plata y piedras preciosas á la cintura, y las espuelas calzadas. A nuestro entender, él esperaba una hora fija para montar, porque su caballo moro, enjaezado de un todo, se veía allí junto atado por la brida á otro horcon. Su vista, que al principio seguía sin pestañear el descenso tranquilo de la luna, de repente se paseó por los espacios celestes, y luego al punto dirigióse para su moro, sobre el cual se enhorquilló de un salto sin hacer uso de estribos, con solo poner una mano encima, encaminándole á paso acelerado la vuelta del pueblo.

Entre este y el *sitio* Betancourt, por línea recta, no hay ni una milla de distancia; pero interpuesto el rio, y el ángulo en que termina la *Cabaña*, para hacer mas asequible el camino por la escabrosidad y altura de esta, hubo que rodear un largo trecho: de suerte que así como salió de su casucha, sin desviarse del pié de la ladera, llegó á la añosa ceiba que hace las veces de mojon ó esquina en la misma punta avanzada, por cuyo tronco dobló á la izquierda faldeándola otra vez hasta el rio. Antes de bajar á él, en una pequeña llanura, dicha de los mameyes, contuvo de improviso las riendas del noble animal, porque habiendo clavado los ojos en el cielo por la undécima vez, observó que la luna estaba mas alta de lo que había creído, cuando la estuvo contemplando desde atrás de la loma.

El deseo de ver á su querida, que no había conseguido en noches anteriores, le aquejaba tanto y le traía tan caviloso y fuera de sí, que no es mucho que se equivocara en la hora que era, lo cual pocas ocasiones le había acontedido, no teniendo desde su mas temprana edad otro reloj que las estrellas, la luna y el sol para marcar las que de la noche ó el dia avanzaban. Si llegaba antes de la prefijada, se esponía á ser descubierto tal vez mientras agachado entre los matojos aguardaba cerca

de los umbrales de la casa de Felicia, y no hablarla, que sería lo peor; demás de esto, estaba mas que seguro, que ella no saldría hasta el mismo momento, puesto que como él, sabía leer en el cielo. Tales consideraciones, que al detener el paso su caballo le ocurrieron de tropel, le pusieron de mal humor.

—¿Cómo yo me equivoqué, Dios mio? — dijo consigo mismo. ¡Los gallos de Mógica, los del Padre, los de Figueroa, los de todo el mundo, han cantado dos veces, y la luna, como quien dice, está en la mitad del cielo! Y el arado, el demonio del arado, que debía estar patas-arriba, para que fueran ya las cuatro de la madrugada por lo menos.....! Voto á..... y no á Dios! — Y como si contra un cristiano fuese, pegó tan fuerte puñetazo sobre el aparejo, de modo que el caballo que era brioso y asustadizo además, creyendo sin duda que le mandaban proseguir, y teniendo las riendas á su alvedrío, merced á la distraccion de su amo, dió á fufar y á correr por aquellos campos que parecía una exhalacion.

Es natural, ó prueba de esperto jinete, mejor dicho, que cuando la bestia que cabalgamos por un espanto ú otra contingencia cualquiera sale de escapada, agarrarnos con las uñas ó los calcaños, si no queremos medir el suelo con las costillas; pero es lo bueno, que los del guajiro no estaban limpios,—por cierto que las correas de las espuelas eran de raso azul, forradas y bordadas de la mano de Felicia,—así que sintiéndose herido en los hijares corría con mas ganas. Sin embargo, el animal, entendido que era, y acostumbrado á aquellos viajes de noche, en su disparo, en vez de volver al camino de las lomas ó seguir el de los ingenios cuando entró en la poblacion, no tomó otro que el de Bahía-honda, el mismo que á la casa de la novia conducía, como ya creemos habérselo dicho anteriormente al lector.

Pero es el caso, que el uno quería correr, y el otro no: este era el fuerte, el que mandaba, el amo en fin, y por decontado su enojo no tenía límites. Cayósele con la violencia el sombrero de paja, y la vejiga llena de tabacos y algunas decimas, que dentro iban. Al salir del pueblo, pudo echarle mano á las riendas; afirmose en ellas doblando el cuerpo hacia atrás, dióle un grito que hizo despertar los ecos de las montañas mas lejanas, y paró al instante su carrera, quedando como si de piedra fuese; pues á pesar de su brio y azoramiento era dócil, cual un castrado. José María, no obstante una prueba tan no-

toria de obediencia, ciego de ira se echó al suelo con el machete desenvainado "para enjuagárselo en el pecho" según su enérgica espresion.

¿Por qué no lo hizo?—El caballo es para el guajiro lo que la yagua para la palma, lo que la savia para el árbol, lo que el sol para la tierra, lo que las flores para las muchachas. Se le ha hecho tan necesario, es un objeto de tal interés, que no puede pasar sin él, de manera que ha venido á ser en sus manos, de mero lujo y presuncion, objeto tal que pudiera decirse lo que de los Llaneros, que ellos y sus caballos no eran mas que una pieza. José María, como todos, sentía por el suyo una especie de delirio. Entre su caballo y su moza había poca diferencia: si afirmamos que en momentos críticos, tenía en su pecho un lugar preferente el primero á la segunda, no exageraríamos ciertamente. Admiraba en él aquel brio y gentil estampa de un animal fogoso, que desde potro crió, y que le obedecía como un perro de caza. En sus viajes por los mas apartados montes, nunca temió á los ladrones, ni á la justicia que le persiguiera, porqué en varios lances en que sus aventuras amorosas le pusieron, siempre entregó y debió á las patas de su moro su salvacion. Tocaba en frenesí su amor por tan noble animal, bien que este así mismo le pagaba con usura. Cuando, como era natural que sucediese una vez mas que otra, su amo pasaba la noche separado, á la mañana siguiente al rayar el alba, era seguro que en persona le viniese á zafar de la estaca para llevarle al rio. Entonces era cuando había que verle. Recibíale relinchando; batía la tierra con los cascos ó lozaneando se le acercaba, ambas rodillas dobladas, y le lamía los piés: luego pegaba un bote, arqueaba la cola, bufaba y le corría en derredor. Flores, echándole los brazos al pescuezo, sacudía su morrillo, le palmeaba en la frente de carnero, arrodillábase otra vez, montábale en pelo, y le conducía al baño.

Por esta razon, no es extraño que así como dirigió la punta de su machete á los pechos del animal, que alzada la frente, con las orejas paradas, el ojo fijo y brillante, parecía aguardar con calma y resignacion el golpe mortal, se le cayese de las manos, clavándose en el suelo. Acercósele: apoyó el codo en el aparejo, en la mano puso la frente; y con trabajosa respiracion, dijo, arrepentido de haber abrigado malas intenciones contra una bestia tan generosa—Mi moro, perdona; pero yo no sé lo que me hago. La ingrata, la ingrata mujer por quien

muero, es la que tiene la culpa de mi proceder duro contigo. ¿Yo matarte? ¿Qué locura! Tú, compañero en mis trabajos y corredurías, que con tanta paciencia y amor sufres mis caprichos, tú no debes morir nunca: antes perecerían todas las mujeres del mundo. ¡Pobre caballo! Me sirves con fidelidad, y yo te pago tan mal! Y yo te iba á matar sin causa ninguna! Sácame de los peligros en que mi mala estrella me pone, sácame en salvo como siempre, y así la ingrata me guardara la fé que tú, que otro gallo me cantara. Moro, ahora sufres las impertinencias y los malos ratos que te dá el mozo de tu amo, cuando yo sea viejo, entonces un potrero y la libertad serán tu recompensa. Vamos á suspirar por la cruel mi homicida, en tanto que el frío y los mosquitos nos sacrifican, mientras espero que se ablande á mi ruego."

En el entretanto recojía la vejiga de los tabacos y el sombrero, llegóse la hora convenida, que era la de la madrugada, cuando las cabrillas y el arado declinan al occidente y el hermoso boyero aparece en el oriente, sobre la cumbre de las montañas que ciñen todo el horizonte de aquel país. La luna tambien que parece caminar de media noche en adelante con mas velocidad, habíase traspuesto enteramente, y solo se conocía que alumbraba aun en otros puntos distantes, por algunas palmas de erguidos troncos y pomposos penachos que se destacaban de un cielo azul subido. Cuando llega esta hora en las serranías, hora en que los astros mayores no iluminan mas que el estrecho horizonte, dejando los profundos valles sumidos en una dudosa claridad, en un triste y misterioso silencio, cualquier leve ruido, los cascos de un caballo, por ejemplo, que hacen resonar la tierra como la losa de un sepulcro; un pájaro que atraviesa agitando acompasadamente las alas y el aire, imprimen en el alma del hombre, que lo escucha, ideas tan diversas, de un carácter tan extraño y melancólico, que teme hablar, teme moverse, por no turbar la calma imponente de la naturaleza. Agréguese á esto que José María, era un si es no es preocupado, aunque tenido y temido en toda la comarca por el mas valiente que gastaba machete, y que después de haber vuelto á montar, á poco trecho de la poblacion entró en aquel pedazo de camino, en que las cercas de altos piñones por un lado y las blancas paredes del cementerio por el otro, contribuyen á que sea mas oscuro y siniestro el paso; y se tendrá una idea aproximada de su sobrecogimiento. Por

supuesto que ni movió los labios siquiera. Cual una sombra pasó por entre aquel estrecho, y hasta llegar al río llevó á su izquierda mano los piñones y el corazón comprimido.

Un poco mas allá del río, el camino parte una loma atravesada, y se encajona por decirlo así, entre dos altas paredes cortadas perpendicularmente, que por figurar la ancha puerta de una muralla, es conocida allí bajo este nombre. Desde allí se descubren distintamente las casas del potrero de D. Pablo Capote, sobre la mano izquierda. Detuvo Flores las riendas de su caballo, y dirigió la vista sobre las silenciosas y oscurecidas casas, rodeadas por el poniente de una frondosa arboleda, que las oscurecían mucho mas. Por todas partes reinaba un silencio completo, de muerte. Así que no tuvo recelo en acercarse. Además la hora se pasaba y no había que perder tiempo.

Entró en la arboleda por la parte del norte, cosa que los troncos, ni el follaje de los árboles le impidiesen ver la culata de la casa, á la cual caía el cuarto de Felicia. Apeose con mucho espacio, ató el caballo del cabestro á una rama, echose el capote á la espalda, porqué corría un airecillo capaz de cortar las carnes: calose el sombrero sobre el lado derecho, sacó fuera de la vaina hasta un tercio el machete, luego se recostó contra un naranjo, y se entregó ardiendo en amor, en el golfo de la esperanza, de ver aparecer á su amada cuando menos lo percatase, por entre las *maniguas*, como blanca paloma que se allega al nido. Largo rato esperó, mas en vano. Ni un alma se asomaba, ni una hoja se movía, ni un perro ladraba, ni un gato maullaba. Parecía que aquella casa oscura, destacándose de las sombras que ennegrecían el cuadro, con su ponderosa cruz al frente, había sido robada, y enterrados á su pié, yacían los dueños, durmiendo el sueño de la muerte.

El guajiro sin pestañear, por debajo de la ancha ala de su sombrero, tenía clavados los ojos en aquel punto en que á su juicio creyó que debía reposar la lánguida cabeza de Felicia, y no obstante que un enjambre con su infernal música y sus agudos agujones, le punzaban el rostro y las orejas, y le molestaban de mil maneras, ni siquiera los espantaba por no meter ruido, que fuese parte para que no oyese un suspiro, cualquier movimiento que en el dormitorio hicieran; aunque á tanta distancia, no era fácil percibir ni la conversacion de dos individuos.

Apurábase la paciencia de José María. Confiado, y con ra-

zon en que si Felicia le amaba, como se lo había dicho varias veces, no reposaría tranquila hasta saber y quedar satisfecha de cual había sido el resultado de su disgusto con Curujey en el baile, y este deseo venciese su repugnancia á salir en el silencio de la madrugada á hablar á solas con él, pues esquivó con tal motivo las ocasiones en que podían verse á la claridad del sol, no dudó un punto, que ella, arrostrando por todos los obstáculos, se resolvería al fin. ¿Qué hacer, qué pensar sin embargo viendo que no asomaba y que se venía la aurora á paso acelerado? Qué juzgar de tan estraña conducta, en una mujer que había dado pruebas inequívocas de su pasión, pero que se negaba obstinadamente á concederle una entrevista nocturna, á pesar de sus súplicas ardientes, y á pesar de que iba para cinco dias que no se hablaban? Su padre, advertido de sus amorosos tratos le impedía salir? ó rendida á las vigiliass y al cuidado de la ausencia de Flores, y de su destino, ¿le asaltó el sueño precisamente en la hora misma de su llegada?

Esta última idea, pasó rápida por la mente del guajiro y le hizo suspirar y sonreir, cual si satisfaciese á mucha parte de sus dudas, y sus celos. El, como todos los enamorados, se hallaba mas propenso á creer que su Felicia se había quedado dormida las noches anteriores en que estuvo á verla, y no á que el temor, el recato, el poco acendrado afecto, ó la oposicion de su padre, ó cosa semejante, le habían impedido salir y acceder á sus ruegos. Cualquiera de estas causas, y todas juntas, eran mas que suficientes para retenerla en su cama y cuarto, y servirle de excusa loable para negarse, no digo á la ilícita solicitud de un amante, sino para oponerse al mandato de un padre, si fuese tan perverso como todo eso. ¿Pero cuando se medita con detencion en tales inconvenientes?

Ya no dudó que Felicia no le había sentido por haberse quedado dormida, puesto que tanto nos complace el amor propio halagar una esperanza cualquiera, y desde aquel punto trató de hacerse oír de ella, atropellando por cuantos riesgos se le presentasen. La casualidad, la malicia, ó la suerte que le soplaban en contra, hacía que no se ofreciera un esclavo, un diablo que pasara el aviso. ¿Cómo conseguirlo, pues? He aquí el medio de que se valió y puso en practica.—“Cantaré, dijo José María, entre sí. ¿Que puede suceder? Que el viejo se despierte, alborote la casa, y me eche los perros? Le tumbo el pescuezo á uno, y salga el sol por donde saliere. Peor es estar

aquí temblando de frio y dando diente con diente, como un mentecato. Peor será que la muy ingrata diga mañana que yo no estuve aquí esperándola ninguna de estas noches. Peor será pasar la plaza de primo. ¡Sobre que ninguna moza pormas retrechera y dura que haya sido, ha jugado conmigo como Felicia! No señor, cantaré, y con toda la voz que Dios me ha dado, para que me oiga, aunque esté en el otro mundo, y para que se averguence, pues no sabe amar como yo. ¡Falsa! con qué cara me dirás mañana;—Flores, si me quedé dormida!”—Esto, esto es lo que experimenta quien cree en el amor de las mujeres.”—Sintióse de improviso un ruido extraño, como de ramos y alas agitadas allí cerca de nuestro galan, que al pronto tomándole por otra cosa, le obligó á ponerse derecho, á desenvainar del todo su machete, y á esperar en guardia el resultado; pero el canto sonoro de un gallo, á que contestaron infinitos otros de los sitios colindantes, sacándole de la duda y del vago temor que se había apoderado de su espíritu, le puso espuelas á su deseo, pues era bien cierto que la mañana se aproximaba á pasos de grulla, cuando los gallos cantaban por la tercera ó cuarta vez.

Recostado contra el árbol, con la mano izquierda sobre el cabo del machete, medio rebozado en su capote, limpióse el pecho, y soltó la voz: una voz suave y armoniosa, que en melancólicos tonos espresaba las efusiones de un alma llena de pasion y combatida de amargas dudas.

Muriéndome estoy de frio
Junto un naranjo sombroso
Mientras mi dueño amoroso
Duerme largo, á su albedrío.

A la inclemencia, al rocío,
Al sol, al agua y al viento,
Paso millares tormentos;
Y no alcanzo, gran señora,
Por mis males, ni una hora,
Del mas mínimo contento.

Y ¡contento! repitieron á una los ecos, mas repercutivos! con el silencio mortal de la noche. De contento tambien rebosó el corazon de Felicia, la que enderezándose en su cama, alargó e l brazo hasta la dura tarima donde dormía la negra Francisca. Sacudióla dos y tres veces con todas sus fuerzas.—“¡Francisca, Francisca, despierta! Ahí está Flores, ahí está el pobre, y dice que se muere de frio. Yo no tengo la culpa ¿no es verdad?

Un ronquido profundo, como el estertor de un agonizante fué la única respuesta de la esclava. Felicia continuaba en sacudirla y pellizcarla con ahinco: pero la misma voz volvió á dejarse oír con esta otra décima:—

Dices que no hay ocasión
Para que hablemos aquí,
Donde me tienes á mí
Y teme tu corazón.

—Mentira, mentira, dijo ella precipitadamente sin ser dueña á contenerse y como si él pudiera oírla, yo no te temo á tí, Flores mio, sino á mi padre, que es duro y tiene el sueño mas lijero que un pájaro. Si yo pudiera.... El canto la obligó á interrumpirse.

Digo no tienes razón
Para de mí fé dudar;
En casa, en el platanar,
Tu serás mi Dios, mi encanto,
Y juro por lo mas santo
Que nadie te ha de faltar.

—Si, continuó Felicia, con tristeza y recordando, no sabemos qué aventura pasada. Así dicen todos ustedes al principio; pero luego... Francisca, Francisca, dormilona, levántate, ¡qué sueño tan pesado tienes! ¿No oyes á José María? No oyes como se queja de que no salgo á hablar con él? ¿Qué te parece que haga?

—Yo no he oído nada, contestó la negra esperezándose y haciendo crujir todos sus huesos.

—¿Con que no has oído nada? Levántate: y ponte á aguaitar porel agujero de la *yagua* á ver si le descubres. Camina, diablo.

—Jesus niña, si hace un frio que hiela los huesos; y luego la noche está tan oscura... que es imposible que la gente se mueva.

—¿Todavía duermes, Francisca? Todavía me niegas que ahí está Flores? Despierta.—Y ya de pié, y de pié la negra, le pasaba la mano por la cara y los ojos, y le sacudía la cabeza.

—Por la Virgen, niña, sumercé me vá á matar.

—No grites, porque papá está durmiendo en su hamaca en la sala, y le puedes despertar. Vé al agujero y ponte á aguaitar.

La negra se encaminó al punto que le indicaba su ama, y clavó la cara entre las yaguas. Esta, poniéndole las manos en la espalda, le preguntaba:

—¿Ves algo?

—¡Ni las hojas de plátano, niña, ni el cielo.

—Si tú no tienes ojos.

—¿Porqué sumercé no aguaita?

—Porqué tengo miedo.

—Pues no hay ni un alma.

—No puede ser: si le oí cantar. Quítate, que no sirves para maldita la cosa. Quítate pronto.

—Y. la niña, se coló en la hendidura de la yagua, tembándole el corazon y el cuerpo de temor y duda. Al momento descubrió á su galan, pues como apasionada, en estos casos gozaba de doble vista.

—“Ahí está el pobre, envuelto en su capote, exclamó llena de gozo. Es él: no me queda la menor duda. Allí junto está tambien su caballo moro. Mira, Francisca. Anda á donde la jaula de los cocuyos y sácame uno, que quiero hacerle una seña.

Felicia agarró el cocuyo, sacó el desnudo brazo fuera. y empezó á agitarle en combinadas direcciones, como para indicar á su galan que no eran aquello los movimientos del insecto que hacía el natural uso de sus alas, sino la señal de que debía acercarse. José María, sin otro antecedente, comprendió al instante que era el amoroso reclamo de su amada, y acudió con presteza y regocijo..... Pero ¡oh fuerza del hado! Lance funesto! Decretado estaba sin duda que nuestros amantes no habían de hablarse aquella noche. ¡Qué contratiempos tan inesperados no presenta la varia suerte de los hombres, espuestos á perecer á cada instante!—Sucedió, pues, que yendo Flores á paso acelerado, para donde le llamaba la luz hermosa del cocuyo, al doblar el ángulo de la casa, le salió al encuentro un fiero perrazo, que arrojándosele encima, le abatió por el suelo como á un tierno arbolillo. El, usando de su propia y natural defensa, le atravesó primero con la punta del machete y luego que se paró, de un tajo le dividió en dos pedazos. A la bulla despertóse el viejo, dió voces, empezaron á ladrar los otros perros, levantáronse los negros, Felicia, medio desmayada cayó en los brazos de su esclava, abriéronse con estrépito las puertas de yagua, y la casa quedó hecha un abreviado infierno. José María Flores, mas que de prisa se puso en salvo, apelando como de costumbre á las patas de su caballo, ligero como un pájaro. —SANSUEÑA.

SECCION CUARTA.

POESIA.

MI AMBICION.

Cruze veloz en peligrosa quilla
ávido mercadante luengos mares,
mientras que yo festivo, de Almendares
piso la hermosa floreciente orilla.

Al blando son de plácida flautilla
libre de sustos, de oro y de pesares
á Hermira ofreceré dulces cantares
que pagarme sabrá con fé sencilla.

Ni las riquezas ambiciona el alma
ni con mengua se rinde al poderío,
que yo naciera do nació la palma

Y las aguas bebí de indico rio;
queriendo solo que en amante calma
tierna pague mi hermosa el amor mio.

FRABRERO.

Ayuntamiento de Madrid

EL GUADALETE.

Hinchado el trinquete
con la ventolina
iba el Guadalete
marchando á bolina.

Bergantin guerrero,
bergantin velero,
no te ha de alcanzar
navío en la mar.

Que tormentas cuenta
cual otro contó,
y en una tormenta
jamás zozobró.

Rada ni bahía
le ha visto fondeado,
del tiempo obligado
por una avería.

Y tiene cañones,
y tiene artilleros,
y reta áquilonos
con sus marineros.

Bergantin, camina,
marchando á bolina,
no te ha de alcanzar
navío en la mar.

No ambicioso de oro
por la mar inquieta
va el pobre poeta
en pos de un tesoro.

No, como Colón,
de gloria sediento
á merced del viento
pone su ambición.

Bergantin, camina,
marchando á bolina,
bergantin guerrero,
bergantin velero.

Acaso fué un día
que ufano te vieras,
con tantas banderas
que el viento mecía.

Con tu gallardete,
guerrera divisa,
encima el juanete
jugara la brisa.

¿Tus galas do son?
Cuál es tu ornamento?
solo un cataviento,
solo un grimpolón.

¡Oh! véelveme á España,
que allí está la luna
que plácida baña
mi plácida cuna.

Allí está mi padre,
allí está mi hermosa,
allí está la losa
de mi pobre madre.

Quizás un día te vea
empavesado y gentil,
dejar atrás ancha vela
en la mar de mi país.

Quizás escuche en el puerto
tus saludos repetir
los colosales peñascos
del enrespado Monjuí.

¡Ay! entonces, Guadalete,
contemplaré con sonris
de la batallola al tope
tus marineros subir.

Y si he olvidado las cuitas
que tú me has hecho sufrir
del Llobregat al estrecho
desde Espartel á Maysí;
mi inspiracion elegida
será consagrada á tí.
y te diré: "Rey de mares
valeroso bergantín...."

Pero ahora no te canto,
soy demasiado infeliz.

A. RIBOT.

A bordo del Guadalete frente a
Guantanamo, año de 1837.

LA
ILUSION PERDIDA.
A I.

ni un suspiro...

Frio está el corazón: á tu mirada
no cual antes te siento conmovido,
y la memoria de un afán perdido
yace en el alma muerta y olvidada.

Yo te juzgué deidad: ciego, inocente
en tí mi dicha y mi vivir fijaba
y en mis sueños ardiente
á tu lado feliz, de amor te hablaba....

Mas no por suerte la ventura mia
solo en tí se cifró: habrá otra hermosa
que sienta mi penar, que blanda ría
cuando el placer se pinte en mi semblante,
y si el dolor me oprime,

junte su lloro, al llanto de su amante.

Ser querido y amar—mira la dicha
que nos brinda el vivir! Cuando te amaba,
amé la soledad y amé el silencio,
porque allí la ilusion te me pintaba
inocente, sensible á mis caricias
y la frente reclinada sobre el seno
mientras que yo cantaba
los amorosos versos de Fileno.

Mas voló la ilusion: solo me queda
un recuerdo lijero y sin halago
del tiempo que pasó; y hoy te contemplo
sin odio y sin amor, indiferente
como suele mirar el pasajero
una preciosa flor en el sendero
ó de un arroyo la fugaz corriente.

1834:

PRADERIO.

FORASTERO.

"Claro cielo, campo ameno,
que anhelaba el alma mía
tras la bárbara porfía,
de los vientos y del mar;
acógeme en vuestro seno,
dad alivio á mi quebranto:
no hay placer que valga tanto
como á un triste consolar."

Su endeble barca dejando
que las verdinegras aguas
del crudo cierzo impelida
violentamente cortaba;

Así Deliso decía
cuando las fértiles playas
de la antilla mas famosa
llegan á tocar sus plantas.

Del Tormes nació el mancebo
cabe la corriente clara,
que las cuerdas enaltecen
de las liras castellanas.

Llevo su estrella luego
á las tierras apartadas
en donde su altiva frente
la gran Méjico levanta.

Allí del amor probando
dulces guerras, paces blandas,
dió entrada en el tierno pecho
á ilusiones y esperanzas.

Allí su rabel tañendo
entre pulidas zagalas,
ya sus quejas daba al viento,
ya sus bienes celebraba.

Hoy el son del ronco parche
y de contrapuestas armas,
al misero espanto pone
y del pobre hogar le arranca:
Que entre hermanos ¡oh desdicha!
odios la discordia inflama,
y atruena el cañon los campos
y el aire cruzan las balas.

Allá sus amigos deja,
allá deja su adorada;
¡plégue al cielo que le guarde
de ser suya la palabra!

Lamenta el zagal sus males,
y huyendo las ondas bravas
contra el rigor de la suerte
busca asilo en tierra estraña.

Humilde los granos besa
de la arena hospitalaria,
libre de riesgos respira,
y así vuelve á su tonada:

"De estas playas venturosas,
de esos prados, moradores,
á vosotros sus clamores
lanza el alma en su pesar.

Atended, ninfas hermosas,
atended mi débil canto:
no hay placer que valga tanto
como á un triste consolar."

B. V.

Epigrama.

Ufano un sepulturero,
tentando su bolsa un día
cantaba como gilguero:
porqué en verdad, nunca había
ganado tanto dinero.

"Gracias á Dios soberano,
que este año has tenido, hermano
gran cosecha;" dije yo,
y él cavando contestó,

"Gracias..... al doctor fulano."

FLACIDO.

SECCION CUARTA.

VARIEDADES.

ARCHIVOS

Del Tribunal de cuentas de Lila.

Habiendo entrado Felipe el atrevido, duque de Borgoña, en posesion del condado de Flandes por su matrimonio con la única heredera del mismo, sustituyó en 1385 el tribunal de cuentas de Lila, á semejanza de los que ya existían en París y Dijon: su jurisdiccion que solo alcanzaba al principio al Artois, el condado de Flandes y el señorío de Malinas, no tardó en estenderse á todos los países comprendidos entre Namur y Tournay, por consecuencia del acrecentamiento que Felipe el bueno dió á sus estados.

El Tribunal de cuentas se acrecentó así con todos los tesoros históricos de las familias que reinaron alternativamente en el condado de Flandes por derecho de sucesion ó de conquista: tales fueron las casas de Flandes, Borgoña y Austria; Balduino, emperador de Constantinopla; sus hijas Juana y Margarita; Guido de Dampierre, víctima perpétua de la política insidiosa de Felipe el hermoso; Luis de Nevers, Felipe el atrevido, gefe de la casa de Borgoña; el desgraciado Juan sin miedo, el fastuoso Felipe el bueno, Carlos el temerario, cuyo sobrenombre encierra toda su historia; María de Borgoña

su hija, cuyos consejeros fueron degollados á su vista por los vecinos de Gante; en fin, Maximiliano de Austria, mendigo imperial que quería ser papa. Este mismo Maximiliano da gracias en una de sus cartas á su hija por haberle enviado *dos lindas camisas blancas, cosidas con sus propias manos, suaves y olorosas*. Vienen después la tía de Carlos V., Margarita de Austria, que ajustó el célebre tratado denominado *paz de las damas* y fundó la magnífica iglesia de Brou para su sepultura y la de su marido Filiberto; Carlos V., y Felipe segundo.

Cuando Luis XIV se apoderó de Lila en 1667 el Tribunal de cuentas se transformó en *oficina de beneficencia*, continuando no obstante con el depósito de sus ricos archivos; y aunque cesó de aumentarse esta inmensa coleccion, se la conservó con esmero, y la conquista de Flandes, fruto de la batalla de Fontenoy, la acrecentó todavía con algunos documentos.

El bombardeo de 1792 que arruinó en parte aquella ciudad, no alcanzó á los archivos, que se vieron á pique de sucumbir bajo el gobierno revolucionario. El ministro Garat, en virtud de no sé que ley de la época, dispuso que el archivero Ropra quemase todos los papeles pertenecientes al antiguo Tribunal de cuentas: con este motivo se empenó una activa correspondencia entre el ministro y el humilde empleado, lleno de pesar con una órden tan estravagante: este defendió al principio sus preciosos tesoros con moderacion; mas perdiendo al fin la paciencia, dirigió al gefe del interior la siguiente carta, llena de amargas verdades y digna del Oldbuck que nos retrata Sir Water Scott, la cual puso fin á una lucha desigual, quedando la victoria á la parte mas débil.

Lila 2 de marzo de 1795.— Cuando solicité de vuestro predecesor el destino de archivero del Tribunal de cuentas de esta ciudad, fué bajo el concepto de ser útil á la república. Mi comision me impone el cargo de velar por la conservacion del depósito que se me ha confiado, y en su cumplimiento os di cuenta de los desórdenes que habían causado el comisario de la contabilidad, el del departamento y sus subalternos. Al mismo tiempo os insinué que los ciegos no son buenos para juzgar de colores, opinion en que al parecer no estais conforme, supuesto que en virtud de informe de un administrador de contabilidad, que entiende tanto de antigüedades diplomáticas como el gallo de la fábula del diamante que se encontró en el

basurero, habeis decidido que *en los papeles del antiguo Tribunal de cuentas de Lila no hay nada que valga la pena de conservarse*, ordenando en consecuencia la destruccion de estos archivos nacionales, que son tal vez los mas interesantes que posee la república. Yo no puedo impedir la ejecucion de este decreto esterminador, y así entregaré las llaves de los archivos á las personas á quienes se encargue su cumplimiento. Al recomendar á estos *carticidas* que no perdonen ningún *papel antiguo de letra gótica* podeis estar cierto de que vuestras intenciones se efectuarán del modo mas completo, y que solo dejarán algunos inventarios, que sera forzoso destruir tambien para que no sirvan de ocasion de duelo por estas pérdidas irreparables. Espero, ciudadano ministro, que tendreis la bondad de dispensar mi asistencia á una operacion que solo puede compararse al incendio de la biblioteca de Alejandría, y á la cual no encuentro motivo razonable, porque aun cuando fuese cierto que *estos papeles antiguos y góticos no son sino títulos de feudalismo, monumentos de opresion, y reglamentos politicos contrarios á la razon, la humanidad y la justicia* pienso que aun así deberían conservarse como piezas capaces de hacernos amar la revolucion. Mas si consideramos que estos títulos contienen pruebas autenticas de la predileccion de los belgas á la libertad y la igualdad; que atestiguan que ahora muchos siglos existía en este pais una constitucion muy semejante á la nuestra, entonces se ve que son infinitamente preciosos para todas las gentes sensibles y racionales.

Este depósito era además interesante con respecto á las ventajas materiales que podía proporcionar á la nacion. Yo habia empezado algunas investigaciones sobre los dominios enagenados, á las cuales daré de mano dirigiéndolos en el estado en que se encuentran al directorio del departamento; tambien pensaba hacer otras averiguaciones acerca de los títulos primitivos, que asegurarían á la nacion la percepcion ó la redencion de los derechos feudales, y habian sido dispuestos por varias leyes y recomendadas por la administracion de los dominios, mas como deben apoyarse en documentos que por desgracia son antiguos y de letra gótica, destruidos estos, aquellas son inútiles é infructuosas.

Me parece que convendreis, ciudadano ministro, en que vuestra orden destructora va á privar á la república de recur-

sos pecuniarios de que en las circunstancias actuales está harte necesitada. Es verdad que la supresion de los archivos y aun de las bibliotecas nacionales puede facilitar algunos por la venta de los papeles, pergaminos y libros, y por la de los edificios que ocupaban estos establecimientos góticos. Tambien se economizarán los sueldos de archiveros, y todo esto podrá reemplazarse con algunos ejemplares de los *Derechos del hombre*. La declaracion de los tales derechos es indudablemente una admirable invencion, que puede substituir á los títulos de propiedad, á los cartularios y á los códices antiguos: esta declaracion es la ciencia universal, y yo no sé de que manera podrá el género humano manifestar su gratitud por un descubrimiento tan importante.— *Firmado ROPRA.*

Esto pasaba en 1795, y el valiente archivero, no solo no se vió condenado á muerte por tan destemplada paulina, sino que logró que sus queridos archivos fuesen respetados, á lo menos hasta el punto en que se respetaban entonces las cosas.

Durante el imperio y la restauracion, los archivos del departamento del norte permanecieron casi olvidados: y hasta el año de 1833 no se trató de sacar partido de los preciosos tesoros que contienen. Entonces el baron Mechin confió su direccion al sabio Mr. Le Glay, desde cuya época salieron del desorden en que estaban, se clasificaron, y se colocaron en estantes y en carteras, cuyos títulos indican las fechas y la naturaleza de los documentos que encierran. Tal es la habilidad y destreza con que se ha hecho este inmenso trabajo por algunos empleados pobremente dotados, como se dota por lo comun á los sabios, que en el dia las investigaciones son faciles y casi instantáneas en medio de estos vastos depósitos de pergaminos y papeles, que llenan hasta el techo un edificio tan estenso como el mas grande de los cuarteles de París, quedando los que le visitan admirados del órden minucioso y de la claridad que reina por todas partes.

Si de la totalidad pasamos á los pormenores, la sorpresa se aumenta al ver que apenas hay pergamino que no esté adornado con un sello, testimonio del estado de las artes, documento curioso de los trajes, armas y adornos de una época en la cual casi no existia la pintura. Estos sellos son unas veces las *bulas de oro* del imperio, otras grabados en que brilla el maravilloso cincel de Benvenuto Cellini y de sus discípulos flamencos, ó bien los rasgos groseros de los *tallistas* del siglo décimo. **A**

ocasiones en aquellas épocas distantes, se vé por contramarca un elegante camafeo del siglo de Alcibiades ó de Augusto al lado del sello bárbaro de un Rey de Francia.

Los artistas y los historiadores tienen una abundante mina en los archivos de Flandes: los curiosos encontrarán en ellos mil objetos de diversion y entretenimiento: tan pronto el proceso de un cerdo condenado á morir enrodado por haber devorado un niño, como la descripcion de la canastilla de una princesa recién parida, cuya suntuosidad deja muy atrás al lujo de nuestra miserable época, y con la cual terminaremos el presente artículo.

La princesa en cuestion es hija de uno de los duques de Borgoña: se le dieron almohadas bordadas de perlas, el lecho era de madera de sándalo provisto con doce colchones, una colcha de tela de oro forrada de armiños, otra de escarlata forrada en martas, otra de paño verde forrada en cibelinas, y otra de seda de Persia forrada de plumas de cisne.

Las paredes de la alcoba estaban cubiertas de ricas colgaduras; el piso, de bellas alfombras.

Vienen en seguida batas y *deshabillès* por docenas, pelli-
zas y sábanas de las mas finas telas, valuadas en 4.850 libras de París, que harían unos 3.000 pesos de nuestra moneda; papalinas y otros tocados guarnecidos de preciosos encajes y enriquecidos de pedrería; joyeles descritos con la mas minuciosa escurpulosidad, y tales que un artista inteligente podría en el dia construirlos semejantes; en fin, si hubiésemos de enumerar todo lo que es digno de atencion y estudio, sería cosa de nunca acabar.

ANTONELLI.

III.

Con mesurado andar y semblante imaginativo se paseaba Antonelli por la plataforma de la Fuerza; y si la dudosa claridad de la luna, próxima á salir, lo hubiese permitido, muy poca perspicacia se hubiera necesitado para leer en sus facciones la lucha interior que le combatía. Ya se quedaba inmóvil, cruzadas atrás las manos y la cabeza caída sobre el pecho; ya a-

presurando el paso, se daba una palmada en la frente: á veces ladeábase un tanto, y movía los labios, como persuadiendo á un ente invisible; y otras, agitando las manos con gesto convulsivo, parecía suplicarle que se fuese y le dejase en paz. Muchas idas y venidas había ya dado de esta suerte, cuando al parecer cansado de verse reducido á tan estrecho espacio, bajó de la plataforma, y encaminándose á un postigo escusado que tenía la Fuerza entonces hacia el mar, echó por la ribera sin cuidarse de adonde le llevaban los pies.

A la sazón iba asomando la luna; y sus rayos después de resbalar por la superficie de la bahía, se quebraban en los baluartes del castillo, en la alabarda del centinela, ó sobre los techos del caserío, á no ser que hallasen alguna ventana entreabierta, ó redonda claraboya, por donde deslizarse á esclarecer las silenciosas escenas de las horas nocturnas. Antonelli puso los ojos en la raya luminosa que rielaba en el mar, y corriendo la vista por ella, fijola al cabo en la menguante luna, como para que su plácido resplandor alumbrase también las sombras de su tenebrosa imaginación. Ora fuese influjo saludable de aquel astro, ora efecto de la frescura del terral, junto con la soledad y el silencio de aquella hora, lo cierto es que algo más sereno fué á sentarse en una piedra que en su ligero embate á veces cubrían las aguas, las cuales al retirarse por sus grietas, ya en claros hilos, ya en sueltas gotas, formaban apacible murmurio, semejante al apagado gorjeo de un ave medio dormida. Allí, soltando el vuelo á sus pensamientos, quedó elevado en una vaga cavilación, que no le duró mucho pues á poco le interrumpió su devaneo, una voz que decía:

—“¡Hola! Sr. D. Juan: ¿qué haceis tan pensativo? invocando acaso la luna y las estrellas para alguna trova?”

Aquella voz penetró hasta las entrañas de Antonelli; y al levantar la cara hacia el que la dirigía, temblábanle los labios y los párpados, como si fuese á responder alguna palabra irónica ó provocativa: pero al ver el aire cándido, y el rostro franco del reciénvenido, se le amortiguó la ira, y por una de las muchas contradicciones á que está sujeto el corazón humano, al revés de lo que experimentaba siempre, sintiose con vivísimas ganas de conversar con el capitán Lupercio de Gelabert, que no era otro el que delante se le ponía. Así fué que después de una corta pausa, le respondió:

—“Capitán Gelabert; yo no soy poeta; y eso de coplas di-

ce mas bien en un galan enamorado, que no en un adusto ingeniero como yo."

—“Cabalmente ingenio es lo que se ha menester para componerlas, Sr. D. Juan; y siendo tan por extremo el vuestro, no es mucho que os creyese poeta.”

—“Pero, Capitan, yo no soy ingeniero de amor, sino de máquinas y castillos.”

—“¿Y qué importa, Sr. D. Juan? Para el amor no hay pecho seguro; y quien ama, compone versos.”

—“Sea en buen hora; pero como yo estoy desengañado del amor y sus quimeras...”

—“¡Ay Sr. D. Juan! poco entiende vmd. de achaques de amoríos, pues como ha dicho cierto poeta, *nunca jamás sirvió de remedio el desengaño!*”

—“Cierto, cierto, Capitan,” dijo Antonelli, mordiéndose los labios: “pero variemos de conversacion, que esta de amor me empalaga cuando á mí se refiere; ó si os place, habládme de los vuestros, pues á juzgar por ese traje, ese instrumento, y el estar fuera del castillo á tales horas, apostaríá yo que esta noche anda vmd. de galanteo.”

Traía Lupercio casi cubierto el rostro con un ancho sombrero chambergó sin pluma: colete de paño oscuro, jubon con mangas blancas, zaragüelles anchos con lazos en las rodillas, medias calzas tambien blancas, y zapatos negros, componían su vestido; faltando solo añadir para completar su pintura, que al cinto llevaba espada, y en las manos una guitarra.

El tono conque pronunció Antonelli sus últimas palabras, entre enojado y curioso, no dejó de llamar la atencion de Lupercio; pero como él era de suyo afable y comunicativo, y además Antonelli, en su concepto, estaba lleno de rarezas, no hizo caso, y prosiguió:

—“Pues bien; no se hable mas del asunto; y volviendo á las coplas, diré á vmd. porqué fué que traté de ellas. Es el caso que quando os encontré, venía yo recitando por lo bajo una letra que acabo de componer para cantarla con una tonada antigua, á las rejas de cierta dama; y como venía tan ocupado de ellas, lo primero que se me ocurrió, fué decíroslo, para saber que os parecía.”

—“Oigamós,” contestó Antonelli.

Sin hacerse rogar, limpióse el pecho Gelabert, y punteando maquinalmente su guitarra, como para entonarse, y acercándose mas á Antonelli, dijo así:

“La letra es esta.

*Baja, señora, á la reja,
que está aquí
quien vive solo por tí.*

La media-noche es pasada;
la calle en silencio está;
tu padre durmiendo ya,
y la dueña descuidada.

El lecho mullido deja;
cede á mi voz amorosa,
y con planta cautelosa

*Baja, señora, á la reja,
que está aquí
quien vive solo por tí.*

No te detenga, ángel mío,
de tu persona el primor;
que quien mira con amor,
no busca si hay atavío.

Que esté suelta la madeja,
que arrastre flojo el vestido;—
no importa: ven, te lo pido!
y díasomando á la reja

*ya está aquí
quien vive también por tí.*

De la menguante luna
la trémula claridad,
alumbrará tu beldad,
y alumbrará mi fortuna.

Cesará entónces mi queja,
y con tu mano en la mia
nos hallará el claro día:
tu reclinada en la reja,

*y yo aquí
muriendo de amor por tí.*

“¡Eh! ¿qué os parecen las coplas, Sr. D. Juan?”

Habíalas escuchado Antonelli con ansiosa, aunque disimulada atencion: cada palabra de cariño se le clavaba en el pecho, revelándole para su tormento las dichas del capitán en sus a-

mores con Casilda, pues bien claro estaba que á ella se dirigían los versos. En aquel instante se le representó en deliciosa plática con la linda criolla:—pero tambien le vino á la memoria el guachinango del día anterior, que sin duda estaría al atisbo; y renaciendo en su corazón aquella criminal idea, respondió precipitado á Lupercio:

”Estremadas, capitan: pero no es este sitio ni tiempo á propósito para juzgar de ellas: id pronto á cantárselas á esa dama, no sea que se os pase la hora, y la halleis tambien dormida como á la dueña y al buen padre.”

”Por eso no, Sr. D. Juan; no hay prisa: todavía no han dado las doce en el reloj de la iglesia; y mientras dan, si os parece, repetiré las coplas por si no os habeis penetrado bien de ellas.

*“Baja, señora, á la reja
que está aquí...”*

”Basta, basta por Dios, Sr. poeta: harto las he penetrado;” le interrumpió Antonelli impaciente. ”Andad á vuestro canticio; que yo tengo otras cosas en que pensar, y si no os vais me iré yo.”—Y diciendo y haciendo echó á caminar para la Fuerza, dejando á Gelabert con la boca abierta, y diciéndose á sí mismo: “¡Vamos! este hombre es loco! Matemático al fin...” No llegó empero Antonelli al castillo; pues ya cerca, al oír el reloj que daba las doce, volvió la cara hacia el Capitan, el cual acomodándose la guitarra bajo del brazo, traspuso uno de los baluartes á la izquierda, en dirección de la iglesia parroquial de S. Cristóbal, que existía entonces donde están ahora las casas de Gobierno y Ayuntamiento.

Un rato permaneció Antonelli inmóvil, irresoluto: una fuerza poderosa le impelia á seguir al Capitan; un temblor en todo su cuerpo le estorbaba mover un solo pié: dudaba ir; dudaba tambien quedarse. Al cabo, sin decidirse aun, dió un paso: luego otro y otro; dobló por el mismo baluarte; vió al Capitan á lo lejos; y sin pensar á lo que iba, luchando con la curiosidad y el temor, con el remordimiento y los celos, con la virtud y el crimen, siguió tras él, y á la sombra del campanario de la iglesia, se detuvo como á cien pasos de donde se detenía tambien Lupercio.

La claridad de la luna derramada por las calles solitarias

de un pueblo, suele causar al que por ellas se pasea una vaga melancolía. Aquel silencio tan profundo, aquellas casas tan cercadas, aquellas calles, la mitad claras, la otra mitad á oscuras como una cinta de dos colores, inspiran al alma ideas poéticas y esperanzas indefinibles de alcanzar una cosa desconocida, pero que sentimos nos falta para ser dichosos. La luna lo embellece todo: á su luz mágica desaparece la realidad prosaica de los objetos; el charco remeda un espejo reluciente: allánanse las asperezas del terreno; se desvanecen las manchas de las paredes, y hasta los sonidos como que se endulzan, y penetran el oído con mas halago. Pero ninguna impresion causaba aquella noche á Antonelli ni á Lupercio, porqué ambos iban agitados de afectos mas poderosos que los rayos de la luna: el primero no quitaba los ojos del Capitan; y el Capitan teníalos clavados en la reja de cierta casa, que no llevará á mal el lector que en dos plumadas le describamos.

IV.

Era una de las mejores de la villa, con lo que no se dice mucho en verdad, porqué sus fundadores no fueron de muy depurado gusto arquitectónico: pero al cabo, aquella tenía aire mas nuevo, y embellecíala un espacioso portal, con su galería alta corrida por todo el frente. Lo que mas llamaba en ella la atención, eran unas tapias á la izquierda, por las cuales asomaban ramas de muchos árboles, con una puerta enrejada de hierro, á cuyos lados mecían espesas cañas bravas sus ondeantes penachos. Desde la reja, penetrando la vista por una limpia avenida, podía recrearse con la variada verdura del follaje, y con los graciosos festones que perfumaban el ambiente al agitarse el aire entre sus flores. Al extremo de la avenida había un lindo pabellon, cuyo interior, á ser de día, hubiera podido registrarse al través de las enredaderas que los formaban; pero á la hora en que dejamos á Lupercio parado frente á la puerta, parecía en completa oscuridad.

No bien estuvo Lupercio en el lugar referido, cuando poniéndose la guitarra en postura de tocador, formó en sus cuerdas un apagado preludio, como si temiese interrumpir de improviso con su canto el silencio de aquella hora. Iba ya á cantar; pero no tuvo tiempo de hacerlo, porqué á los prime-

ros sonidos del instrumento, y como si fuese una evocacion de su tímida armonía, salió del pabellon un bulto en apariencia de mujer, vestida de blanco, que atravesó por el jardín con rapidez: y todavía preludiaba el galán, cuando su amada le dijo desde la reja con trémula voz, — “¡Lupercio!”

“Casilda mía!” respondió él, y corriendo á la puerta, se oyó al mismo tiempo de llegar un sonido mas amoroso que el que pudieran emitir sus hierros, ó las cuerdas de la guitarra, y que sin duda formaron unos labios respetuosos sobre una mano pasada por entre la verja.

Si el bueno de Hernan Manrique, desvelado por el calor de las noches de junio, cuyo mes corría entonces, hubiese tenido el antojo de salir á tomar el fresco en su jardín, y atraído por el susurro de la voz humana, encaminara sus pasos á la puerta, ¡cuál no hubiera sido su sorpresa al encontrarse en ella á su Casilda, no embebecida en respirar el ámbar de las flores, ni en contemplar el cielo y las estrellas, sino con la vista fija en otro cielo mas cercano en que le brillaban dos ojos, y con el alma perfumada con el aroma de las palabras que su amarte-lado le dirigía! — Con cuanta razon no se hubiera enojado con el capitan por aquella ilícita conversacion! — ¿No le bastaban para hablar á Casilda las horas enteras que pasaba con ella en su sala? Procedía como hombre de honor esponiendo á las hablillas del pueblo á la mujer que pronto había de llamar esposa? Era accion de caballero burlar así la vigilancia de un padre? Lupercio no se había puesto á hacer estas consideraciones: amaba á Casilda: necesitaba como buen enamorado decírselo, y oírle decir á ella lo mismo con espresiones que solo se pronuncian en misteriosas entrevistas; y si bien es cierto que podía verla en su casa, era siempre delante de su padre, ó cuando menos vigilado por una tia hurana, que así hubiera permitido la menor confidencia á los amantes, como permitir que le arrancasen uno solo de los escasos cabellos negros que le quedaban entre las canas. Así es que Lupercio le correspondía con la mejor aversion del mundo; y siguiendo la costumbre de los galanes de aquel siglo, parecidos en esto á muchos del presente, no dejaba pasar muchas noches sin hacer sus centinelas en la reja, mientras el padre y la tia reposaban descuidados.

Lo cierto es que lo que menos pensaban Casilda y Lupercio en aquel momento, era que hubiese en el mundo otros

entes que ellos, pues su universo todo estaba allí. — La luna daba de lleno en la cara de Casilda; y al paso que la hacía parecer mas blanca, le comunicaba cierto encanto indefinible que su claridad presta siempre al rostro de la mujer, como si la rodease de una aureola mágica que aun á las que no son bellas hermosea, y á las bellas diviniza. Los negros cabellos de la criolla, mal recogidos en una lijera cofia, se le derramaban por el cuello y los hombros, abrigados estos con un pañuelo de encaje; quedábanle solo descubiertos los brazos y la garganta, pues hasta los piés la cubría un vestido blanco, cuyas mangas perdidas semejaban las alas plegadas de un ángel, preso tras de aquella reja. En efecto, vision angélica parecía, y como á tal la contemplaba Lupercio, aunque no en tan elevado éxtasis que le embargase el habla, pues por el movimiento de los labios de entrambos, bien claro se traslucía que él á ella, y ella á él, se decían mutuas ternezas. Lo que se dijeron no sería fácil transcribirlo al pié de la letra, porqué hablaban en voz baja; pero sí de imaginárselo cualquier discreto lector que se haya visto en lance parecido: ello, no fué mucho; pues á poco rato de estar allí Lupercio, asomó en el portal de la casa un hombre, con el sombrero de ala espaciosa calado hasta las cejas, y groseramente vestido; el cual, deslizándose con cautela arrimado á la pared, llegó junto á Lupercio, y levantando el puño, en que brillaba un cuchillo, hubiera descargado el golpe á mansalva antes de que lo notase el desapercibido mancebo, vuelto de espaldas, si no le hubiese visto Casilda, y cubriéndose con una mano los ojos, y estendiendo la otra convulsiva hacia el traidor, no gritase, “¡Ay! Lupercio! qué te matan!”

Gritar Casilda, bajar el brazo del asesino, dar un salto Lupercio, y estrallarle en la cabeza la guitarra, fué obra de un abrir y cerrar los ojos. “Villano!” clamó en seguida, “ya probarás mi espada:” y sacándola en efecto, arremetió contra el encubierto campechano, que en vez de huir cobarde, le hizo frente, manifestando en el calor y destreza con que lidiaba, que no era matador mercenario, sino hombre á quien impulsaba el deseo de vengarse, y quería asegurar el lance. Pelearon así en silencio un corto espacio: chocaron mas de una vez la espada y el puñal, sin dañarse empero los contendientes; porqué si ágil y arrojado era Lupercio, no le sacaba ventajas al guachinango, que se revolvía como un pájaro; y sabe Dios en

qué hubiera parado aquella reyerta, á no intervenir en ella un tercero en discordia, que le puso término.

Bien caro estaba pagando Antonelli su curiosidad; y si los ojos del hombre airado, pudiesen tener alguna vez el fatal influjo de reducir á cenizas al objeto aborrecido, los del italiano hubieran aniquilado á Gelabert, mientras este conversaba por la reja. Sin embargo, Antonelli no era perverso; y como por encanto se le enfrió la sangre y el corazón, al descubrir al campechano acercándose traidoramente á su rival. Una mano de hierro le oprimió la frente; zumbáronle los oídos; y con la boca entre-abierta, y los ojos desencajados, esperó el resultado sangriento de aquella escena. Todo fué rápido; pero mas rápido es el pensamiento; y en el de Antonelli hubo una lucha terrible en el tiempo que tardó el guachinango en caminar del portal á la reja.

En esto oyó Antonelli el grito de Casilda, que le penetró hasta el alma, y triunfando al cabo sus impulsos generosos, echó á correr hacia el lugar de la pendencia, exclamando al llegar, con la espada desnuda;—“A vuestro lado estoy, Capitan. Huye, alevé.”

“Para canalla de este jaez, Sr. D. Juan, basto yo contra ciento. Dejadme solo, y no os molesteis:” contestó Gelabert, sin dejar de reñir.

El campechano no pudo menos de turbarse con la súbita aparición del ingeniero, y comenzó al punto á ceder: pero antes de ponerse en fuga le dijo: “Caballero os llamas, Sr. D. Juan; y no es esta acción de caballeros. Ya nos veremos las caras.” Y volviendo la espalda, tomó el camino á toda carrera, y en un pestañear se les perdió de vista.

Entonces Lupercio, acercándose á Antonelli, dijo: “No sé si agradecer á vmd. Sr. D. Juan, el haberme impedido castigar la osadía de ese pícaro: mas lo doy por bien librado, por haberme puesto en ocasión de confesarme muy deudor vuestro, pues no parece sino que me estabais guardando la calle.”

“No se hable mas del caso:” respondió Antonelli confuso. “¿Os ha herido, Capitan?”

“Herido? no: gracias á haber á tiempo hurtado el cuerpo, que si no, me abre los lomos ese rufian, así como me ha desgarrado el colete, que fué lo que alcanzó el cuchillo. Mas, con permiso vuestro, Sr. D. Juan, he de llegarme á esta reja: ya que la suerte os hace mi guardian, escusados son misterios entre

Los dos; y yo supongo que sereis tan discreto como caballero.”

Aun antes que Lupercio, había dirigido Antonelli su mirada inquieta hacia la puerta, y solo había visto en el suelo una cosa blanca, que desde luego sospechó fuese algun velo que en su precipitacion por retirarse, habría dejado caer la doncella. Acercóse, pues, Lupercio, é inclinándose un poco, “¡Válgame el cielo!” exclamó angustiado. “¡Casilda! Casilda!”

Era en efecto ella, que al ver en peligro á su amante, se le heló la sangre, y flaqueándole las rodillas, cayó desmayada en el suelo.—“¡Casilda!” repetía en voz no muy alta Lupercio.—“¡No responde! Dios mio...! Peor es esto cien veces que el puñal del asesino.—¿Como socorrerla...? Qué os parece que hagamos, Sr. D. Juan?—¡Casilda mía! No vuelve en sí aun...! Nada han sentido en la casa: todos duermen.—Llamaré... ¿pero, á quién? A su padre?—¡Si estuviese abierta por dicha esta puerta! A ver... nada!—Vive el cielo! ni una gota de agua con que humedecerle la cara...!”

Como á doscientos pasos estaba la bahía: lastimado Antonelli de la congoja del enamorado mancebo, le dijo. “Agua? Capitan; cerca hay bastante.”

—“¿Dónde?”

—“En el mar.”

—“Es verdad, D. Juan amigo! Pues hacedme el favor de estar aquí al cuidado, mientras vuelvo á buscarla.”—Y sin aguardar respuesta, dió á correr hacia la bahía, que estaba llana y luciente como un espejo.

No era por cierto envidiable la situacion de Antonelli. Con los brazos cruzados contemplaba él casi á sus piés aquella beldad que tantos estragos habia causado en su corazon. Estaba Casilda el pecho contra el suelo, plegadas las rodillas bajo su cuerpo, como desfallecida con su propio peso, y con la cara vuelta de perfil hacia la luna. Un brazo le quedaba entre la tierra y el pecho, y el otro levantado en arco por encima de la cabeza, medio oculto con el cabello, que como se le desató la cofia al caer, parte se había esparcido sobre la espalda, y parte revolaba á merced de la ventolina hasta enredarse con los hierros de la reja. ¡Cuán bella y conmovedora estaba en aquella situacion!—Dos lágrimas de amargo remordimiento rodaron por las mejillas de Antonelli; y ahogando el resto de celos y de egoismo que bullía en su interior, y que pugnaba aun por hacerse oír, propuso en su corazon dejar en paz y felicidad aque-

Has dos almas enamoradas, y apartar la tentacion, diciendo á Dios eterno á las playas habaneras.

Volvió en esto Lupercio con un pañuelo empapado en agua del mar, y poniendo en tierra una rodilla, comenzó á rociar con amorosa solicitud el rostro de su querida. La frialdad del agua la hizo volver en sí, abriendo lentamente los ojos, como si recordase de un sueño profundo; y al encontrar los de Lupercio fijos en ella con la mayor ansiedad, no pudo contener una exclamacion de sorpresa. “¡Ay...! Lupercio! Estás vivo?” Dijo incorporándose sobre sus rodillas, sin fuerzas aun para ponerse en pié.

“Sí, mis amores!” contestó él dándole una mano para que se levantase. “Vivo ya, porqué tú has recobrado el aliento.”

“¿Y aquel hombre?”

“Huyó al instante.”

“¡Ay, Lupercio! y si vuelve?”

“No lo temas; no volverá.”

“¡Qué susto he pasado...! Yo creí morirme al ver aquel cuchillo sobre tus hombros. ¿No te ha hecho mal?”

“No, ángel mio, gracias á tu vigilancia: tú me has salvado, y te debo la vida para adorarte. —Pero tú estás temblando: ¿qué te aqueja?”

“No sé, Lupercio. Todavía no estoy en mí. —¡Matarte á mi vista! bárbaro...!”

“Casilda: perdona si yo soy quien te insto á separarnos: veo que no puedes sostenerte de pié. Recógete, querida mia, y tranquilízate, para que mañana bailemos en el sarao del Morro.”

“Sí, Lupercio. —A Dios.”

—“A Dios.” Y estrechándose las manos, y besando el Capitan las de Casilda, se separaron.

Entonces se acordó Lupercio de Antonelli, y buscándole con la vista no le halló donde le había dejado. El sin ventura ingeniero no se sintió con ánimo para presenciar aquella escena, y previendo además la turbacion de Casilda, si le veía al volver de su desmayo, se retiró de la reja al arrodillarse delante de ella Lupercio, y fué á pararse de nuevo á la sombra del campanario. Allí le encontró Lupercio, sumergido en profunda cavilacion; y llegándose á él: —“¿Qué decis del lance, D. Juan amigo?” le preguntó. —“¿Qué diablos habré yo hecho á ese hombre? —Ladron no debe de ser, cuando con tanto arrojo nos hizo frente. ¿Sabe ymd. lo que imagino? Que tal vez es-

te golpe vino de algun enamorado de Casilda, que quiere tener el campo libre. ¿No os parece?"

"Quién sabe? Tal vez..." respondió Antonelli con voz ahogada, dirigiéndose al castillo.

"Pues por hoy, añadió Lupercio, se ha llevado chasco; y yo tambien me le he llevado, porqué mis coplas se me quedaron en la garganta. Paciencia! las guardaré para mejor ocasion. A bien que toda la noche de mañana la tengo por mia, para platicar con Casilda en el sarao del Morro.—Por supuesto que ireis vos, Sr. D. Juan?"

"Iré, sí Sr.:" dijo Antonelli, y juntos entraron en la Fuertza por el postigo escusado.

Finalizará.

PROLACION.

La importacion de la *prolacion*,* dice Jonathan Barber, es incontestable, y hablan victoriosamente en su favor la práctica y el sentir de los oradores griegos y romanos, que comprendieron todo el interés que se merece el arte de la elocucion, y por tanto le cultivaron con el mayor esmero. Sin embargo, no hay razon para creer que los antiguos poseyesen algun tratado completo sobre las funciones de la voz: ninguna ciencia de la elocucion en el sentido en que nos la enseñan hoy las obras de Steele y Rush, ó bajo el aspecto que la presenta la gramática de elocucion de Barber.—El discurso de Quintiliano sobre la voz, puede considerarse como el término ultimo de las investigaciones de los antiguos; pero en cambio procuraron compensar con la práctica la falta de principios escritos.—Los griegos tuvieron en grande estima las bellas artes y señaladamente al arte de hablar, no considerando que le poseían mientras no fueran dueños de sorprender, conmovir y deleitar cuando lo deseaban. Pensaban que el fin verdadero de un arte liberal era comunicar al buen gusto un alto grado de satisfaccion, y trabajaban de continuo hasta con-

* No hallando una palabra en nuestro idioma que signifique la idea que tambien espresa aquel término derivado del latin, nos hemos determinado á proponerle. Equivaldra en nuestro sentir á elocuencia hablada.

seguir su intento, sin arredrarles los dilatados y penosos ejercicios preparatorios para hablar bien, á los cuales se entregaban bajo la direccion de sus maestros de retórica.

Pero ya se echa de ver en esto, que sometían sus ejercicios de elocuencia mas bien al gusto privado de sus maestros, que á los preceptos generales de la ciencia, y que la mayor parte de las correcciones debieron ser el resultado de juicios meramente individuales.—No obstante; si bien carecían de lo que Ciceron llama *Fontes Philosophiae* *é quibus illa manant* su convencimiento de la importancia de la prolocucion se halla poderosamente manifestado en la historia de aquellos tiempos. Demóstenes, tan exagerado en sus opiniones acerca de la elocucion, como lo muestran sus raros ejercicios,—Demóstenes supo invertir gruesas sumas de dinero en pagar un maestro de elocucion.—Ciceron, después de haber completado su educacion admirable en otros ramos, dedicó dos años seguidos á la recitacion, oyendo las lecciones del trágico mas eminente de la antigüedad.—Cayo Gracco, el que suscitó la mitad de Roma contra la otra mitad, ponía tanto cuidado en la modulacion de su voz cuando oraba en las asambleas populares, que acostumbraba tener detrás de sí á un esclavo para que le diese los tonos en la flauta; * por eso la música era cultivada entre los Griegos y los Romanos como verdadera ciencia complementaria de la elocucion.—A los retóricos levantaban estatuas cuando sobresalían en su arte: á veces acuñaban en su nombre la moneda pública; y por lo regular su honorario fijo excedía al sueldo de un ministro de estado de la Europa moderna. Estos hechos nos conducen al conocimiento de las opiniones de los pueblos que llevaron al arte de hablar hasta la suma perfeccion y á estimar cuales debieron ser los ejercicios de los jóvenes que después llegaron á sobresalir como oradores en el teatro de los negocios públicos.

* He aquí sin duda una ciencia perdida para nosotros, y cuyos principios apenas se empiezan á desenterrar á fuerza de laboriosidad. No nos admiramos ya del inmenso poder de la música sobre los antiguos, del cual nos ha conservado la historia varios hechos verdaderamente asombrosos.—La opera moderna es una irrisión, y el trastorno mas descabellado que pudo imaginarse. Al revés de los antiguos, nosotros sometemos las palabras á sonidos arbitrarios sin consideracion á sus elementos ni á la expresion verdadera de las pasiones que representan.—Si Bellini llega alguna vez al corazon, de seguro es cuando por instinto de su ingenio se acerca á la naturaleza, y pone á la orquesta bajo el imperio de los elementos musicales de las palabras.—La flauta del esclavo de Cayo Gracco hablaba: nuevas flautas chillan ó trañan, y nada mas.

Demás de esto, el arte de los mejores oradores griegos y romanos era eminentemente práctico, pues no le cultivaban por mero alarde ni para ceñirse á inútiles declamaciones, sino como un instrumento de poder en el estado, enderezándole siempre á convencer é impresionar á los oyentes para impulsarlos á la accion—Fueron los caudillos del movimiento en todas las épocas tumultuosas y delicadas, y su voz “conmovia las bases de los tronos y hacía temblar las estremidades de la tierra.” ¿Errarían acaso aquellos varones en dar tan alta estima á las ventajas de una prolacion poderosa?—ó por ventura erraremos nosotros en descuidarla?—Será que ignoraban las materias y el poder de la argumentacion, ó que desconocían la índole y mision de sus tiempos, ó que en esta se hallaba muy decaída la inteligencia humana?—Basta que por única respuesta nos refiramos á Demóstenes y á Ciceron, cuyo magisterio en este punto es incontestable: y dirijámonos tambien á ciertas personas que sostienen de continuo que una educacion literaria y un buen ejercicio del poder de raciocinio es todo lo que necesita un buen orador—un ministro del evangelio, por ejemplo, cuyo oficio tiene tanto que ver con la imaginacion y el corazon como con lo puramente intelectual.—Dirijámonos á ellos, y preguntémosles si por ventura los grandes oradores que hemos mencionado no hubieran pedido en derecho que les otorgasen franquicia de las faenas de la elocucion, dado que esta causa hubiese admitido defensa—¿Quién habrá tan inconsiderado que quiera tomar sobre sí esta demanda para contradecir á aquellos hombres célebres?—Acaso no estaban ellos bien penetrados del valor del tiempo, ni de la importancia relativa de sus estudios?—Contémplese su perseverancia sublime y su dedicacion ardiente á las tareas *prolatorias*; y si hay alguno que les increpe de error en las nociones de su arte, se le contestará con mostrarle los espléndidos lauros que alcanzaron, y cuya gloriosa memoria les ha sobrevivido para siempre.—¿Cabe en lo posible que hubiesen empleado meses y años enteros en adquirir una *prolacion* triunfadora, á menos que no estuvieran convencidos de su inmensa importancia?

La preeminencia oratoria puede obtenerse por muy pocos; pero todos deben desear una elocucion correcta y poderosa—á lo menos los que pertenecen á las clases ilustradas de la sociedad. Particularmente en nuestra patria debiera ser así, pues la mayor parte de los que se entregan á una edu-

sacion laboriosa, llevan la mira de ejercer alguna profesion que les compromete á hablar en público; y ya quedan señalados los aspirantes á la abogacia y al púlpito.—En sus intereses propios está el hablar con correccion, facilidad, y poder de impresionar los ánimos, so pena de sufrir las desventajas de su ignorancia en este punto. ¡Triste condicion será la del abogado que pudiendo orar bien, apenas lo haga medianamente, y que puesto en ocasion de prueba no pueda fijar la atencion de su auditorio ni granjearse su agrado, mientras que un competidor mas feliz le oscurezca de todo punto, sin dejarle nada mas que la conciencia de su nulidad, y la pena de una comparacion vergonzosa!

RESEÑA

Histórico-literaria de los oradores cristianos franceses.

Bossuet — *Santiago Benigno*, nació en Dijon 1627 y murió en 1704. Fué su elocuencia un torrente irresistible, inmensa su virtud y su caridad infinita. Llegó á consejero de Estado, y fué Obispo de Meaux, donde lejos de la estrepitosa corte de Versailles acabó su existencia enseñando niños, socorriendo al pobre, y amparando al desvalido. Fué el primer orador de su siglo, el Demóstenes francés, como lo prueban sus oraciones fúnebres en la muerte de la reina de Inglaterra en la de su hija y en la de la princesa Palatina. Era su elocuencia sencilla, breve, fuerte y seductora. Sus obras son: la Exposicion de la doctrina católica, que dicen convirtió al gran Turenne, sus oraciones fúnebres, su discurso sobre la historia universal y su compendio de la historia francesa.

Bourdaloue. — *Luis*, jesuita, nació en Bourges en 1632 y murió en 1704. Sus sermones son obras maestras de elocuencia. Luis XIV le prefería á todos, por lo cual le llamó: *rey de los predicadores y predicador de los reyes*. Era su conducta la mejor refutacion de las cartas provinciales: tenía mas que nadie gracia para consolar los enfermos. Su estilo es tan sencillo como noble, tan claro como profundo, tan numeroso como enérgico: tiene la dignidad, fuerza y fuego inagotable de Demóstenes: á la manera de un conquistador temible arrastra y subyuga.

Flequier. — Nació de una clase baja en la diócesis de Carpentrasen 1632, y murió en 1710 llorado de católicos y protestantes. Este célebre orador era humano y severo; amigo de

Luis XIV tuvo los obispados de Lavaur y de Nismes. Hay en sus discursos una purísima devoción, una piedad sin fausto y una caridad perfecta. Toleró é hizo tolerar en sus diócesis á los protestantes. Fué muy modesto. Su estilo nunca impetuoso era puro, muchas veces elegante y algunas elocuente; pero hay en él cierta simetría demasiado estudiada. Su obra maestra es la oración fúnebre de Turenne. En la de su amigo, el duque de Montausier, es mas severo y grave que en las otras, como si en ella hablara el genio de aquel personaje.

Cheminais.—Jesuita, fué un predicador admirado por su talento y venerado por su piedad. Murió de 38 años el de 1689.

Massillon.—*Juan Bautista*, nació en Provenza 1663 y murió en 1742. La oración fúnebre al arzobispo Enrique de Villars acalló sus enemigos y le volvió á París de donde la envidia le había arrojado. Fué arzobispo de Clermont. Su último discurso pronunciado en París fué la oración fúnebre de la duquesa de Orleans. Su nombre es el de la elocuencia cristiana, es decir de la razón y de la sensibilidad. Su estilo es puro, correcto y elegante; cautiva y enternece el alma con la abundancia, destreza y naturalidad de Cicerón; ¡tan bien conocía el corazón humano! Es el que ha hecho mejores sermones: cuando pronunció el del juicio final, hizo mudar de color, levantar y estremecerse á casi todos los que le oyeron.

Mascaron.—*Julio*, nació en Marsella en 1634 y murió en 1703. Encantado Luis XIV de sus sermones le nombró obispo de Tulles. Era tan persuasivo que de 30.000 calvinistas de su diócesis convirtió 28.000. "Sola tu elocuencia no envejece" le dijo aquel Rey al oírle pronunciar su último sermón.—Es el único orador que en sus oraciones fúnebres citó, con razón, autores profanos de todas clases.

Poule.—El Abad.—Todos sus sermones los hilaba y tenía en la memoria, y á los 85 años de edad los dictó á su sobriño. Su talento era tan poético como oratorio. Arrastra á menudo por la vivacidad de su locución y la brillantez de sus imágenes: deslumbraba mas que persuadía. París y Versalles se entusiasmaron con sus *exhortaciones á la caridad* y se rindieron á sus deseos. Aquellas dos exhortaciones fueron sus mejores discursos: el uno á favor de los pobres prisioneros es excelente; y el testamento del otro sobre los *niños hallados* fué: "mi padre y mi madre me han abandonado." *Pater meus et mater mea dereliquerunt me.*